

Margoth

Literatura  
Rosa

David  
D'Grannda

Free Love

Margoth®

Primera Edición: Noviembre 2016.

Diseño de Carátula y Diagramación: Darío Romero.

Registro DNDA debidamente realizado.

COLOMBIA.

@LetrasLGBTI

# Margoth

*Un amor en Bogotá*



ebook

Margoth  
de espresso





Al acorde cotidiano de mis días.  
Y al recuerdo eterno de lo que fuimos.



Quien lea estas páginas, fácilmente podría caer en la trampa de creer que son vana ficción. Dirán que no es posible vivir una historia como las que aquí les cuento, pero... Ay si llegaran a sentir el verdadero latido de un corazón enamorado. No dudarían un sólo instante de que el azul del cielo se vuelve más rojo que el de unos labios, y de que la ausencia de las caricias del ser amado nos vuelven peor que un crucificado.

¿En qué parajes escondidos se adentró el primero de los hombres para que encontrara el amor? ¡Qué doble castigo para los que amamos y nos atrevemos a escribir!

Que valga de excusa esta novela, para traer su recuerdo que es lo único que me queda. Así como no se puede separar las sílabas de la palabra amor, pues perdería sentido y significado; yo tampoco puedo apartarme de lo que fuimos, porque sería como una sombra sin luz que la proyecte.

Él se fue un día, y yo me quedé en Bogotá.



Agosto 5 de 2015

-Señorita, ¿tiene Azul de Rubén Darío?

-No, no lo tenemos.

-Y, ¿El romancero gitano de Lorca?

-No, tampoco, hace mucho que no lo traemos.

-Por Dios, ¡Qué le pasa a la juventud! ¿Cómo viven sin leer a Lorca? Le dije.

-Ahora piden las obras de E. L. James.

-¿Y ese quién es?

-No es ese, es esa. Replicó entre risas. Es una escritora londinense. Vienen a pedir su obra, Cincuentas sombras de Gray.

-¿Esos cuenticos pornográficos nacidos de malos orgasmos? ¡Qué va! El marqués de Sade se ríe de eso. Dígame entonces, ¿tiene La ciencia de la lógica de Hegel?

-No, tampoco.

-¿Entonces qué tiene?

-Ahora que recuerdo sí tengo un libro de Hegel.

-¿Cuál? Le dije algo aliviado.

-La fenomenología del espíritu. Creo que se llama.

-¡Sí cree bien! ¡Pásemelo!

Después de un momento buscando entre los estantes empolvados, regresó con la obra en sus manos.

-¡Perfecto! ¿Cuánto cuesta?

-Treinta mil pesos.

-¡Qué devaluada se nos pegó la Filosofía! ¡No señorita! Yo me opongo a pagar esos miserables treinta mil pesos por esa obra. Sería como agarrar una hostia con las manos sucias después de haber asesinado al cura. Es que piense, ¿qué son treinta billetes de mil



pesos? ¡Nada!

-¿Lo va a llevar o no? Me dijo molestándose.

-¡No! Déjelo para que cualquier estudiante de Filosofía venga a llevarlo. ¡O mejor escóndalo y déjelo que se pudra!

Y así salí, con el demonio a mi lado dándome consuelo. Maldiciendo al vasto universo, en esas oscuras calles de Bogotá.

Regresé a mi apartamento, con la cabeza hecha un caos. Esa noche no cené, no fumé, no dormí. Cómo podía ser posible tanto demérito del mundo.

A mitad de la noche, como para bajarme la temperatura un poco, abrí la ventana y puse a rodar a Tchaikovski. Tomé mi poemario de Sábines y leí un par de versitos a la luna.

Toda la ciudad dormía. Sólo la habitaban fantasmas y sombras entre brisas callejeras. En los tejados vagabundeaba un gato en celo, maullándole al amor. Allá, debajo del puente, un loco se humeaba la vida, dueño de la noche que yo le entregaba, fumaba bazuco... creo que así le llaman en el mundo de los desconsolados.

Debería estar durmiendo, abrazado con alguna chica, pensando en que debo ir a trabajar mañana. ¡Pero no!, esas bobadas son trivialidades que dejo para los que viven pensando en el luego que los atormenta y les impide vivir su ahora. A mí me preocupan las palomas, si tienen qué comer o no. No me importa lo que a los demás los trasnocha. Aquí estoy viendo a la luna, a mitad del verso que no acabé de leerle, por estar pensando en el motivo de su blancura.



-¡Mundo de mierda! Grité por la ventana y la cerré de un sopetón. ¡Mierda!, ¡mierda!... repitió el eco. Volaron a lo lejos dos palomas asustadas. Me acuné éntrelas sábanas, y por esa noche, le dije al mundo adiós.





Agosto 6 de 2015

El sonido de los pitos y el griterío de la gente me despertaron. Ahí estaba yo de nuevo en el soso mundo, adherido a este planeta que gira y gira. Siendo el mismo que fui ayer, y seré mañana, tratando de engañar esa realidad de que me repetiré siempre. Intentando hacerle triquiñuelas a la vida para poderla llevar. En estos días cuando el hombre es sólo carne y huesos, y un eterno vacío por dentro, la única salvación es el autoengaño. Vivir de momentos, de ilusiones robadas, de un algo que me dé motivo para estar aquí, pegado a la tierra por la gravedad injusta que no me deja escapar. Yo con estas ganas de irme siempre tan lejos y no haber nacido siendo golondrina. ¡Que suene Debussy con su piano inmortal! En ese vals de notas que le brotan de los dedos me siento libre, no tengo cuerpo, no habito este mundo, me vuelvo etéreo. Una estrella solitaria mirando el oscuro cosmos desde algún rincón.

Al poner los pies sobre el suelo entablado, una nubecita de polvo se levantó. Miles de partículas subieron por un rayo de sol que las pintó de un dorado perpetuo. Maulló el gato y con su ronroneo de buenos días me traje de nuevo al escenario de mi existencia.

Ya quisiera que usted lo viera, de un pelaje azul noche platinado, rematado por unos ojos color verde esmeralda que me atrapan. Descartes se llama, en honor al gran filósofo le puse ese seudónimo a mi gato, y sí que es una distinción ponerle el nombre de un ser humano a un animal tan noble y puro como lo es él. Es exaltarlo, es darle valor, es ponerlo en semejanza



con un espíritu grande como el de mi gato azul ruso. Sí, ruso como Dostoievski. Y cómo no serlo si me quiere sin condición, sin importarle si también lo quiero yo. Terco de corazón, siempre se acerca y vuelve a enroscarse entre mis pies, así hayan pasado días en los que ni me fijo en él por estar medito entre libros buscándome alguna salvación.

En el parque de la iglesia de Lourdes, que se llama oficialmente basílica de nuestra señora de Lourdes, hay cientos de palomas que son mi felicidad. Voy todos los días a verlas, a charlar con ellas, a darles de comer, a quitarles los hilos y los cabellos asquerosos que se enredan en sus patas, para verlas de nuevo volar. Es mi rito sagrado de todos los días. Siete en punto estoy ahí, exacto en la cita. Ellas ya me conocen, les tengo nombre a todas y todos, porque hay palomas y palomos, y pichones que son los más pequeños.

Por ejemplo a Lola la conozco desde antes de nacer, la vi apenas siendo un huevo, incubada en un nido que estaba sobre las ramas de un pequeño árbol a las afueras de la iglesia. Es café de alas largas y cabeza blanca, todo un ejemplar en su especie. Siendo pichón quedó huérfana, luego de que unos niños mataran a sus padres a punta de tirarles piedras, y bajaran el nido para jugar con ellos. Cuando me acerqué para salvarlos, me encontré con que de los dos pajarillos uno estaba muerto, y ella a medio morir. La levanté entre las manos, la arropé con mi chaqueta y de sus ojos tristes recibí unas gracias y un motivo para sonreír. De los traviosos engendros una insultada que no pienso recordar. La cuidé día tras día hasta que pudo volar. La



llevé al parque y la dejé en libertad. Por eso les puedo hablar de ella con tanta propiedad.

Estoy con las palomas un momento y ya tengo una razón para continuar el día. Volverlas a ver a la mañana siguiente es mi inspiración. Mientras todos van a misa para alimentar su espíritu, yo las alimento a ellas para llenar el mío.

¡Ah! ¡Y eso sí, ese nombrecito de nuestra señora no me gusta! ¿Me incluyen como si fuera también mía? ¡Pues no! Ya mismo le mando una carta a su santidad en Roma, a exhortarle que por medio de bula papal cambie el nombre de esa basílica. Le pediré que le pongan basílica de vuestra señora de Lourdes, así en segunda persona del plural, para que por lo menos a mí me saquen de ese clan. O mejor que le pongan basílica de nuestras sagradas palomas de Lourdes, que dismantelen el altar y lo llenen de palomares, así vamos a dejarles comida y agua, y ese cucurreo al unísono sería como estar ante el coro más grande del mundo. Sería la sinfonía No. 1 en Do de pecho opus 36, una ópera emplumada como dirían. Mi más grande creación. Ya me miro dirigiéndolas con mi frac negro, white tie y batuta en alto. ¡Más hermoso que oír la novena sinfonía de Beethoven! ¡Terminada, me preparo la del coral de golondrinas de pecho blanco! ¡Van a ver!

Luego me voy de ahí, y paso por todo Chapinero, que de día es un adefesio, lo más feo que usted se pueda imaginar. Gente por aquí, vendedores en todo lado, carros de los que si usted no está pendiente lo atropellan, y estando en el piso a medio morir, verá a la gente grabando su agonía con sus Smartphone para



luego subirlos a YouTube, y conseguir seguidores en su canal. Con ese cuentico de que ahora todos quieren ser YouTubers. ¿Ve que dañaron el idioma inventando palabras tan horribles?

¡Pero de noche cómo cambia la cosa! Es como si volviera a la vida, por esas calles vuelven a andar las sombras.

En una ocasión, ya casi a punto de amanecer, me encontré con una, que ha no tener más qué hacer, le dio por hablarme de Filosofía. Estábamos en una charla ontológica lo más de amena, conversando sobre la continuidad del ser, y el tiempo que le faltó a Heidegger para atraparlo, cuando me acordé que dejé la ventana del apartamento abierta, por la que Descartes podría salirse. Y es que siendo un niño de casa me espantaba el hecho de imaginarlo trepado en esos tejados impúdicos, ensuciándose las patas, o lo que era peor, metiéndose con cualquier gata callejera. Sin decir nada salí corriendo dejando a la sombra con la palabra a media lengua.

Bajo la oscuridad, Chapinero toma otro color, otro ambiente, a mí me huele como a bohemio.

En uno de esos bares, en una mesa solitaria bajo un candil, me encontré al Otro Drácula. Toda la velada tuve que aguantar sus lamentos. Que estaba triste, deprimido, que ya no quería vivir; que entrada la mañana se mataba, que iba a comulgar. Entre trago y trago encontré el motivo de su pena. Le hice un proceso de psicoanálisis a lo lacaniano, y ¡Eureka!, ahí estaba el porqué de sus quebrantos: ¡No había más sangre para saciar su sed! Que con ese problema del SIDA no quería arriesgarse y prefería estar en abstinencia, y eso lo



estaba consumiendo. Le sugerí que cambie la dieta, que aprendiera al conde Pátula y se alimentara sanamente sólo de jugo de zanahoria. Que ya lo había hecho y que no era igual. Le expliqué que existen bancos de sangre, y hasta me ofrecí asaltar uno para ayudarlo. Que no, que a esa sangre le quitan las plaquetas y que así no sabe lo mismo.

-¡Deja esas ideas! ¡Ve y muerde cuellos, los que quieras, que no te importe qué problemas de salud tengan los portadores! Igual te vas a morir de algo, sino es de SIDA te mueres atropellado al salir de aquí borracho. Le dije entre rabia y desespero. A todas estas, ¿qué será de él?

Sonaron gritos a lo lejos y yo estaba ahí, caminando por esas calles bogotanas, que si intentara verme a mí mismo desde un satélite, sería como tratar de ver a una hormiga en medio de un bosque, o sea a nada, que es lo que al final somos. Yo veo a todos, no se me escapa nadie, a todos los detallo, los analizo, circunspectamente hecho un vistazo en sus adentros y qué encuentro, tripas, suciedad, sangre, malicia y podredumbre. Yo los miro a todos pero ellos no ven, a pesar de que voy por la mitad de la Séptima. Pasan a través de mí como si fuera un holograma, ¡pero cómo me van a ver, nadie ve los fantasmas!



Agosto 7 de 2015

-¿Mira esa esquina?

-¿Cuál?

-Allá frente a El Tiempo, donde ve la antigua entrada a la estación del ferrocarril. Donde mataron a Gaitán.

-¿Quién es ese?

-¿Usted también? Pensé que por lo menos conocía algo de historia.

-Es que yo soy nuevo acá.

-Jorge Eliécer Gaitán fue un político, un abogado, un caudillo.

-¿Y por qué lo mataron?

-Porque aquí la cosa funciona así, si usted habla lo callan.

-¿Y cómo lo mataron, quién lo mató?

-Es una historia muy larga, mejor vaya a la Luis Ángel Arango y la lee. Encuentra los libros que quiera, búsquelo como el Bogotazo, hasta fotografías de ese día hay.

-Allá no me dejan entrar.

-Sí lo dejan, no ve que la nueva directora es bióloga.

-¿Y qué hace una bióloga de directora de una biblioteca?

-No crea, tiene mucho que hacer. Por ejemplo clasificar los lectores. Sólo con clase y subclase tiene para dedicar todo su tiempo. Con eso de que ahora ya nacen en probetas, sin necesidad de estar en el útero, deberá hasta inventar una nueva clasificación.

-Voy a ir a darme una vuelta esta tarde. Ojalá sí



me dejen entrar.

-Pero eso sí, si va a ir no haga bulla, debe entrar en silencio, irradiando tranquilidad.

-No, le prometo que entro calladito, sólo a leer lo que me dice y me salgo.

-Bueno... Pero lo que le quería contar. En esa esquina que le digo, ahí donde ve ese montón de gente. Diagonal de donde ahora estamos. Se reúnen los esmeralderos del país.

-¿Y esos qué hacen?

-Producen esmeraldas como dicen, pero está mal dicho, porque ellos no las producen sino que las sacan de las minas. Las crea la combinación de minerales y el pasar del tiempo. Son gemólogos más bien.

-¿Y cómo son?

-Así como los ve.

-No, no digo ellos, digo las esmeraldas.

-¿Tampoco las conoce? ¿En el país de las esmeraldas y no sabe cómo son? Vaya a la bolsa internacional de las esmeraldas, o al museo de la esmeralda, queda ahí en el piso veintitrés del edificio Avianca, ese que está aquí seguido, mírelo.

-También quiero ir, ojalá me dejen entrar.

-Bueno, ahí le queda más fácil, las ve por la ventana. Cuando se asome las podrá contemplar, ¡son unas piedras verdes cristalinas preciosas!

-Así como los ojos de los muchachos que a usted le gustan.

-Sí, así pero más hermosas aún.

-Ya me antojé de tener una.

-Le va a quedar difícil, cuestan muchísimo.

-¿Como cuánto?



-Millones.

-¿Tanto?

-¡Y hasta más!

-Yo quisiera tener una.

-Es difícil, y más ahora que se murió el Zar de las esmeraldas.

-¿Y él quién es?

-Un hombre que tenía la esmeralda más grande de todas, y era dueño de la mayoría de las minas de donde las sacaban. Extraían grandes cantidades y de muy buena calidad. Las mandaban al extranjero y se vendían muy costosas. Si estuviera vivo lo llamaba y le conseguía una.

-Qué corazón el suyo, no importa que no se pueda, me vale la intención.

-Pero tenga cuidado, esas piedras son como maldecidas.

-¿Por qué?

-Causaron una guerra terrible, con miles de nuestros entre los esmeralderos. La guerra verde le decían. Cuesta vidas sacar una sólo de los confines donde está enterrada. Hay que utilizar maquinaria que contamina los ríos y los bosques, todo para sacar la esmeralda por la que al final se matan. La entregan bañada en rojo sangre, hay que lavarla para verle su corazón verde. Despierta la avaricia, todos los que la tocan empiezan a ver en ese color. Para mí son piedras, y me gustan más las que agarro para tirar en el lago del parque de los novios.

-Uy no, entonces ya no la quiero. ¿Se imagina yo con una esmeralda? ¡Me vuelco loco! Dios me libre y guarde.



-¡Se despluma! Se vuelve una nada, mejor quédese así solito, vaya donde quiera y no se aferre a nada que le pese. Y eso de Dios, líbrese usted y guárdese usted, que por ahí si anda confiado de que desde arriba lo van a cuidar está llevado, de lo alto le va a caer una avioneta o un rayo que lo deje a la broaster.

-Yo ya debo irme. ¿Usted hasta dónde va?

-Sigo por toda la Séptima y salgo a la plaza de Bolívar. A ver qué hago luego de eso.

-¿No tiene que ir a trabajar?

-Yo no trabajo.

-¿Entonces de qué vive?

-Del sol, el viento y la lluvia... hago fotosíntesis.

-Bueno vaya rápido que el sol se le va a ir. Yo voy a la plaza de Lourdes a verme con las de allá.

-¿También se la pasa por ese lado? Yo acabo de venir de la iglesia, a la próxima me saluda.

-Así será. Que le siga yendo bonito en el resto del camino. Me dijo el palomo que había estado sentado en el andén hablando conmigo. Alzando su vuelo que sonó como un aplauso.

Siempre he pensado en que Bogotá es un milagro en medio de Colombia. Su cultura, su clima, sus cerros, sus atardeceres de sabana, hacen de ella un óleo que vive. Bogotá es maravillosa, lástima los bogotanos. Y voy a decir por qué digo lo que digo, y pienso lo que pienso.

Bogotá es una ciudad cosmopolita, cuna de cientos de culturas diferentes y de millones de personas que llegan de todas partes del mundo. Lo que fue la Atenas de Sudamérica, hoy es una ciudad en ruinas. Pintada por el gris del smog y los edificios, a ratos ella misma se aburre. Si sus habitantes no han sido capaces



de cuidarla, de mantenerla, qué esperar de los que vienen de afuera. Bogotá es una ciudad con malos ciudadanos, con desagradecidos habitantes. Yo soy un caso excepcional, a pesar de todo la siento respirar, será porque la vivo en unas décadas pasadas.

Arreglándome el sombrero y el negro gabán, cruzo la Candelaria.

-Qué bonita está Bogotá, ya se ven los colegiales.

-¿A usted también le gustan?

-Sí, pero de lejos. Me gusta verlos corriendo entre jardines de flores amarillas. Como cuando voy a las iglesias por ver a los querubines semidesnudos entre sus colchas de nubes.

-Sí, qué prodigio para la imaginación verlos tan inalcanzables, lejanos en la bóveda celeste.

-Vea, ya salió la jornada de la tarde. Se pintó la ciudad de colores, buzos de uniformes rojos, azules y verdes. ¡Floreció entre lo gris!

-¿Y usted con quién habla?

-¡Pues conmigo! ¿O ahora no se puede tener un diálogo con uno mismo? ¡Qué va! ¿También me van a prohibir que lo haga?

-Es que parece un loco hablando solo.

-¡Que no hablo solo! Hablo conmigo mismo, tratando de engañar a la realidad. Y prefiero eso a tener que aguantar, como los demás, lo que a diario les toca.

Sin decir nada, y sin comprender lo que le había dicho, el metido se fue caminando por la mitad de la plaza.



Agosto 8 de 2015

En poco tiempo serán elecciones. Es la temporada en se me alborota la alergia. Por todo lado publicidad de pendejos, que quieren ganarse un puestico en el consejo o en la alcaldía, a la que le tenían puesto el ojo unos cuantos, que prometían y prometían, saludaban y sonreían en las fotos; y con los dedos del pie le estaban haciendo la pinga a todos.

En el Transmilenio, que es lo peor de Bogotá, el señor alcalde mandó a poner música clásica. En las horas pico, cuando las estaciones se vuelven imposibles, con colas y colas de usuarios, como los llaman, queriendo comprar un pasaje, suena sonata para Elisa. Horas y horas la misma melodía.

-¿Usted cree que a los que van ahí les importa? ¡Nunca en sus vidas se han oído una sonata completa! Y para completar, por los altoparlantes dicen: Les aconsejamos dejar salir a las personas para que puedan ingresar más fácil. Recuerde estos consejos para un viaje más ameno.

-A mí me parece muy bueno.

-La horda no escucha. Cuando está en montón se comporta como manada. El hombre masa, como diría Gasset. Se suben a empujones y se llevan al que sea por delante. Se bajan y se repite la historia.

-Yo no soportaría eso.

-Dígamelo a mí. El otro día agarré una ruta para ir al portal norte. Durante el entre y sale, me subieron a la ruta que no era. Me dejaron bajar a tanto luchar en una estación lejísimos. Cuando salí decidido a tomar un taxi, me di cuenta que me habían sacado la billetera.



-¡Uy pero qué desgraciados!

-Lo mismo pensé de todos.

-¿Pero estando adentro, no es ameno el viaje?

-¡Qué va a ser ameno ir como sardinas oliendo los flatos de todos! Ir pegado a unos tipos que van oyendo reggaetón a todo volumen. Ni leer se puede en medio de tanto ruido, empujones y olores. Y todos viéndolo a uno como a bicho raro.

-Pero de pronto en esos empujones le toque frente a frente a una rubia despampanante.

-No, con ellas me ocurre como con las quesadillas.

-¿Qué?

-Me dan indigestión.

-¿Y frente a un cuarentón de uno ochenta de altura?

-Para mí después de los treinta ya son viejos. Y los viejos tienen una única función en el mundo.

-¿Cuál?

-La de decoración. Mis padres tenían en la casa, una consola con espejo de roca, forjada en la edad del bronce. Estaba a la entrada. Abrían la puerta y saludaba el espejo, reflejando la horrenda cara de los que llegaban de visita. Que servía para sacar la mala energía de los que llegaban, decían. Pero no. Servía para decorar. Y así mismo ocurre con los viejos.

-Entonces a un muchacho de ojos verdes, como los que le gustan.

-En ese momento ni frente a un ángel, a centímetros del beso. Con la ira que llevo nada me importa.

-¿Y el candidato que más está sonando, qué propone ante este atropello?

-Nada. Porque es otra consola. Por mí lo llevo al



Doña Juana.

-¿Entonces por qué querrán elegirlo?

-Por idiotas.

-Pero lo elegirán por sus buenas propuestas, buscando un cambio.

-Sí, cambio va a haber, pero para ponerlos a comer lo que usted sabe.

-A todas estas, ¿cuánto cuesta un pasaje en Transmilenio?

-Dos mil pesos.

-Uy, ¿tan mal servicio y vale tanto?

-Sí, y por mí que lo pongan a diez mil. ¡Para que aprendan!

-Pobre pueblo, cómo lo tratan.

-Ya le dije qué clase de pueblo es. Se quejan por el alcalde actual, y les viene otro peor. Al que no le gusta, se le dan dos tazas.

-¿Usted de qué partido es, con qué corriente va?

-¡Con ninguno! Para mí todos son iguales. El mismo lobo con diferente piel de cordero. No creo en la derecha ni en la izquierda, ni en Dios ni en el diablo. Todos van detrás del trono del dinero y el poder, así inviertan más y roben menos, todos son los mismos. Si me presentan a alguien y me dicen que es político, ya de antemano le agarro desconfianza.

-¿Entonces usted nunca ha votado?

-Sí, la basura y mis exparejas.

-No. Me refiero a votar de elegir, con uve dental.

-Ah... No, nunca en mi existencia he votado por nadie ni lo pienso hacer, así se lance mi madre a la política, no lo hago ni por ella.

-Yo si votaría por usted.



-Dios le pague la intención, pero no está en mis planes. Con esta vida tan voluble que llevo, si llego a ser elegido acabo con todo y me voy a vivir a Europa a una isla paradisíaca.

-¡Uy qué rico! ¿Me lleva?

-Claro, lo nombro ministro de relaciones exteriores y le pongo un mega sueldo, como el que se ganan los nobles congresistas de Colombia. Tranquilo.

-A todas estas, ¿el que está sonando ahora como candidato más opcional, ya fue alcalde no?

-Sí, y dejó a la ciudad llena de bolardos.

-¿Qué son los bolardos?

-Unos troncos de cemento de forma fálica, que están regados por todos los andenes.

-¿Y para qué los hizo poner?

-Según él para recuperar el espacio público. Nunca comprendí su lógica, recuperar un espacio llenándolo de bolardos. Yo estoy más que seguro que fue para 'invertir' en la ciudad. Una noche que salía de un bar, en medio de la oscuridad, me di en una pierna en uno de esos bolardos. ¡Lo maldije a él y a los que lo eligieron!

-¿Y entonces para qué lo piensan reelegir?

-Para que acabe de acabar con lo que quedó acabado. Así es el ser humano. Destructor innato de lo que destruye. Y luego se la pasa quejándose.

-¿Qué horas tiene?

-Las siente con treinta y dos.

-¡Está tarde! Me voy a dormir.

-Vaya, duérmase, y abríguese bien que esta noche cae helada.

-Que duerma usted también.



Yo salí en medio de las luces de los faroles que iluminan la plaza de Bolívar, cocuyos atrapados en esferas cristalinas, encaminado a mi apartamento, a matar el resto de día. El que habló conmigo sacudió sus alas grises y se alzó en vuelo hasta el campanario de la catedral primada, a dormir acurrucado en su nido.

Qué frío hace cuando la soledad es lo único que te abraza. Las estrellas solas pero cubiertas por el firmamento.

El departamento seguía igual, lúgubre entre la oscuridad y poca luz que entraba por el ventanal. Descartes en su rincón maulló con su saludo, al verme llegar.

Caminé directo a la cama, dejé las cortinas separadas, y con la mirada perdida en el cielo negro, esperé a mi Selene para contarle alguna mentira. Con el afán de matar el tiempo, asesino del minuterero que soy a veces, entre palabrerías de leído, poder atraparla para tener un momento de compañía.

Bien entrada la noche, decidí ir a verla. Caminé hasta la estación de Las Aguas y me subí en un biarticulado camino a Chapinero. De noche cómo cambia Bogotá. Sentando en el vagón último, en el asiento último, saqué el libro de Sábines para leer el poema último. El bus iba lleno de sombras y de fantasmas; de noche salen a disfrutar de la ciudad que les pertenece. Las luces de los avisos se reflejaban en los cristales de las ventanas un poco abiertas, por ellas entraba un aire frío y fresco



que era vida. Nombres de bares y amanecederos que me eran conocidos. Al momento llegué, guardé el poemario en la maleta, me cerré el gabán y me encaminé a buscarla. Hacía unos cuantos meses que venía a verla. Después de pedir un par de copas, me gustaba sentarme en la barra para apreciar sus bailes sensuales, sus trajes apretados, su postura en la escena, el erotismo de sus labios, escuchar el tono de su voz. Hoy llevaba un traje de lentejuelas color aguamarina, unos ojos azules marcados por sendas pestañas, cabellera rubia y la misma maldita sonrisa que nunca se pudo cambiar. Sonó la canción, me bajé un par de copas, entre las luces me sonrió y yo no pude más que hacer lo mismo.

Todas las noches la encuentra en el bar aquel. Margoth se llama. Si usted llega a ir, por favor llévele mi saludo.



Agosto 9 de 2015

Cuadras antes de llegar a la librería donde fui en búsqueda de la obra hegeliana, pude concluir en plena calle, en plena Bogotá, en pleno corazón de Colombia, que la felicidad que veía en los otros, no era más que risas de payaso.

En mi juventud lo había querido como se pretende querer una sólo vez en la vida, dando la vida por verlo vivir. Tiempo después de que decidió irse tras los pasos cojos de la dama de ojos verdes y cabellos ardientes que lo cautivó, me lo encontré perdido en la calle de un barrio que no quiero recordar.

-¿Sos feliz?, le pregunté.

Me miró a los ojos y supe que no.

-No he podido ser feliz, pasé las noches buscándola, me desespero por tenerla, vivo como un infeliz.

-Eras feliz cuando te fuiste con ella.

-No. No era feliz, y por eso me fui con ella.

Se quedó con su vida, yo me fui con su recuerdo anclada a la mía. Encaminé mis pasos al departamento acompañado de un muchachito que conocí a la vuelta de la cuadra donde él seguía esperando.

Se levantó de la cama, y en la oscuridad del cuarto sólo el sonido de sus pasos eran prueba de que aún existíamos, yo por oírlos y él por causarlos. Abrió de par en par la ventana y el sol de aquella mañana iluminó su cuerpo desnudo. Bañado bajo esa luz era como un ángel en medio de todo mi infierno. Descartes



se levantó de su rincón, desperezándose lentamente maulló de hambre.

-¿Y todos esos nombres? Dijo mirando las paredes del cuarto, el muchacho aquel.

-Son los nombres de los chicos que han venido a quedarse conmigo. ¿No los viste cuando llegamos?

-Siempre estuvimos a oscuras.

-Está bien, vamos, pon el tuyo en algún rincón.

-No hay donde.

-Detrás de la puerta puede ser.

-No. Yo lo dejé escrito en tu piel. Me dijo con la mirada pícaro que lo acompañaba.

Sonreí al oír eso haciéndole un gesto de complacencia. Él no sabía que mi piel era un lienzo pintado y repintado, una obra destruida de tanto amar.

-Debo irme.

-Debes irte. Le dije mientras se ponía la ropa.

Sonó el golpe seco de la puerta a su salida, haciendo eco en la soledad del apartamento. Prendí un cigarrillo y parado en la ventana dejé que el sol también acariciara mi piel, mientras desde arriba lo miraba perderse por la avenida empedrada.

El gato se sobaba en mis piernas, con su amor sin condiciones. Nunca reprochó que a cada momento llegara con alguien diferente, a quien también le decía que lo quería. Él sabía que eran mentiras mías. Yo sólo lo quería a él.

Tomé un marcador y caminé a la puerta. En ella escribí: "El muchachito que no dijo quién era". Ese espacio estaba destinado para él.



Agosto 10 de 2015

Quise irme al botánico, a respirar un poco y a leer a Dostoievski. Dejé comida para Descartes, y bajo el cielo bogotano me perdí entre personas, tan perdidas como yo.

El botánico es una salvación para los que queremos huir de la caótica Bogotá. De la ciudad de afanados, de despistados, de sobrevivientes de la condena de los días. Nunca he creído que una pareja con hijos sea feliz. Primero porque la felicidad es efímera, como sentimiento que es. Existe por momentos y no es perpetua, es resultado de algo que la causa, y así la familia es un motivo pasajero también. ¿Cómo puede ser feliz alguien que tiene que vivir para otros? Conozco parejas que conforman un hogar, tienen hijos, viven muchos años juntos, y al tiempo deciden separarse, marcharse, acabar con ese sueño; porque siempre en sus adentros pululó el deseo de ser libre, de apetecer a otro ser a su lado, de aburrimiento por lo cotidiano, de esperanza suicida por lo monótono.

Entre el rosal del botánico una pareja se besaba con ambición de devorarse, el chico la tomaba de la cintura y ella lo abrazaba por el cuello. Entre las rosas volaban amarillas mariposas. La gente que a su lado pasaba, los miraba de refilón y seguía, como ver nada, como si fueran unas rosas más del jardín. Pero... a pasos seguidos, dos chicos también se besaban. Él lo tomaba de la cara y el otro lo apretaba de la espalda. La gente que a su lado pasaba, los miraba con desidia y total indignación; afanaban el paso y hacían que sus hijos no vieran semejante aberración. No comprendo al



ser humano, yo no veo diferencia alguna. De hecho me parece tan aburrida la primera escena, que por costumbre se haya vuelto algo normal. Con lo extravagante que soy prefiero mil veces la segunda, lo que llama la atención. Junto a los dos chicos no volaban mariposas, pero las rosas más pequeñas empezaban a abrirse contagiadas de deseo de amarse también.





Agosto 11 de 2015

A unas cuantas casas de donde vivía, pasaba los días del ocaso de su vida, una anciana de piel negra y cabellos blancos. La conocí porque cierta tarde, en un afán extraño de querer arreglar el apartamento, mientras barría las escaleras, por un descuido se me escapó Descartes.

Al terminar exhausto de todo el oficio, me recosté sobre la cama, y en la costumbre de su llegada, puse mi mano sobre la almohada esperando la caricia de su pelaje azul media noche. Me pareció extraño, cuando después de llamarlo un par de veces, no acudió. Me senté de afán y supuse lo que había ocurrido.

Sentí un vuelto en el pecho y que el corazón se me salía. Lo busqué por todo rincón, hasta entre los libros, y su ausencia fue lo único que encontré. Bajé las escaleras buscando cualquier pista, alguna prueba de que había salido, y solamente vi el sol intenso de la mañana que entraba por los cristales del portón iluminando las escaleras. Me senté en ellas y de desesperación me puse a llorar, estando en esas miré que una de las ventanas estaba rota, y en ella colgaba enredada la cinta azul que le tenía puesta a Descartes en su cuello. En ese momento la cura fue peor que la enfermedad. Ahora no cabía duda de que mi gato se había escapado de la casa. Abrí la puerta de par en par y lo busqué hasta en las flores del jardín, no haya sido que por juguetón le hubiera dado por esconderse en una de ellas. Di vuelta a la cuadra, pregunté a cuanta persona encontraba.

-¿Ha visto un gato negro, azul ruso por aquí?

-Hay muchos gatos negros.



-Pero no como él. Les decía a los ciegos de corazón que ven a todos los animales iguales.

Miré el campanario, las palomas volando, el cielo azul sin nubes que lo opaquen y el sol radiante tras los cerros. Supe ahí que la culpa era mía, por tenerlo siempre encerrado y tal vez él deseando disfrutar de la vida.

Pero no, la cuestión era más simple, mucho más sencilla.

Pasaban las horas y con ellas aumentaba mi desespero. Rendido, agotado, con el ánimo por el suelo, intenté regresar al apartamento esperando que tal vez y por milagro, por el amor que le tenía, Descartes ya hubiera regresado.

Prendí un cigarrillo, me senté en la acera y traté de calmarme. Mi mente era un caos donde se recreaban las peores escenas. ¿Y si alguien se lo había llevado?, ¿si lo atropelló un carro?, ¿si quiere regresar y se pierde?, ¿si pasa la noche afuera sin comida ni abrigo?

Mientras miraba el humo que se iba en girones hacia el cielo, intentando pensar en otra cosa, accidentalmente vi la ventana de mi vecina, en ella su gata blanca llamada Lizaveta, y a su lado, ronroneándole poemitas de afectos, estaba mi gato, cegado de amor.

Boté el cigarro lejos y salí corriendo. Golpeé desesperado el portón enorme de la casa gris, de balcones y jardín, y al momento apareció ella.

-¿Buenas tardes, qué se le ofrece? Me dijo con su voz trémula, sin abrir completamente la puerta, mirándome por la rendija.

-Buenas tardes. Es que en su casa está mi gato.



-¿Lizaveta o Cascabel?

-¿Cascabel? No, Descartes, el gato negro azulado.

-No joven, es mi gato Cascabel, lo tengo desde hace mucho. Si gusta siga y lo ve.

Ingresé delante de ella y efectivamente no era Descartes, era un gato de raza Bombay que ni caso me hizo.

Entre el vino y las galletas que me ofreció la anciana, le conté lo que había ocurrido, se apenó tanto que se puso a llorar, y yo con ella.

-Ahora que recuerdo... ¡Espere! Dijo mientras se levantaba del sillón y a paso lento caminaba hasta el teléfono. Al momento la escuché hablar con alguien, y desde el otro cuarto me llamó.

-¿Puede acompañarme?

-¿A dónde?

-A casa de mi vecina, allá está su Descartes.

El alma me iba a estallar de la dicha.

-¿Cómo?

-Ella me llamó antes de que usted llegara a decirme que un gato había entrado a su casa, que si sabía de sus dueños, le contara.

Caminamos un par de cuadras que se me hicieron eternas, a su ritmo, a paso lento, llevándola del brazo. De repente llegamos. Ingresamos luego de saludar, y efectivamente ahí estaba Descartes, echado en un mueble, rodeado de migas de pan y dulces que la anciana le había puesto. Lo tomé entre los brazos, y salí camino a casa.

Les agradecí a las dos bellas damas, y le dije a la primera que cómo podría pagarle el favor.

-Venga a leerme algo, cada que pueda.



-¿Leerle?

-Sí, novelas, cuenticos, poemas.

Sonreí y mi sonrisa se reflejó en sus ojos claros, sus arrugas se movieron y ella también sonrió.

-Claro que sí, vendré a leerle, señora Amanda.





Agosto 12 de 2015

-¿En qué piensas? Le dije mientras sus ojos se perdían en el techo, sin saber qué miraban.

-No pienso, escucho.

-¿Qué?

-Las voces de todos tus amantes hablando desde las sábanas y lo que con ellas cuentan.

Sentí fastidio de su comentario, del tono de su voz, de él mismo por producirla. Cómo no sentir aquello si era al único que de verdad había querido. El sentimiento de rabia va unido al del amor, y sólo en una situación como esta, cuando verdaderamente mis pasiones afloran, llego a sentirlo tan fuerte que entre el amor que tengo, odio lo que amo.

-Te quiero. Fue lo que acerté a decirle.

-Lo dices al aire, sin voltear a verme.

-Quiero al aire que respiras, por eso se lo digo.

Se levantó de la cama y empezó a vestirse. Frente al espejo arregló el cuello de su camisa y se miró de pies a cabeza. Se bajó un poco la boina roja y sin decir nada, se fue. Yo me quedé sonriendo acostado en la cama. En su afán de irse olvidó su reflejo, que ahora desde el espejo me miraba.

Todos los días incansablemente lo veía pasar por la Universidad. En punto de las siete caminaba por la acera con su ropa negra, su barba negra, su pelo negro y sus ojos azules. Yo puntualmente llegaba, para verlo pasar.



Agosto 13 de 2015

-¡Mira esa maravilla! Le dije acercándole una antología completa de Barba Jacob.

-¿Dónde podríamos encontrarla, para comprarla?

-Es más que imposible conseguirla. ¿No te parece una maravilla? Le repetí.

-Si a ti te parece una maravilla, para mí lo es. Me encantaría que me la leas todas las noches en la cama.

-Me encantaría.

Salimos de la biblioteca Luis Ángel Arango camino a la plaza de Bolívar, con el agrado de haber tenido esa obra en las manos, pero sin poder llevarla a todo lado con nosotros, y que estuviera entre los libros que nos acompañaban en el apartamento.

Debajo del reloj que está en la esquina de la casa de la moneda, de la nada me abrazó y me dio un beso.

-Toma. Me dijo pasándome la antología de Barba Jacob.

-¡Pero cómo! Y sonreí a la vez que la mirada se me iluminaba. ¿Cómo la sacaste?

-Le arranqué el código de barras de la última página y lo escondí en el fondo del maletín.

-¡Te lo has robado! Le dije riendo, mientras le devolvía el abrazo y el beso.

-Tú lo necesitas más, lo quieres más. Al final estaba guardada, y te aseguro que nadie la lee. Robar para dar al necesitado no es pecado.

Ahí íbamos los dos con ese atardecer subiendo despacito por las calles empedradas de la Candelaria.



De cara al sol moribundo, iba con el corazón completo.

Desde aquí les pido disculpas a los señores de la biblioteca Luis Ángel Arango. Les comento esto para que dejen de buscar el ejemplar, aunque seguramente no se han dado ni cuenta de su ausencia.

-Escucha esto, le dije estando ya en el apartamento.

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles  
Como las leves briznas al viento y al azar...  
Tal vez bajo otro cielo la gloria nos sonría...  
La vida es clara, undívaga, y abierta como un  
mar...

Él escuchaba los versos que le leía y su felicidad se reflejaba en sus caricias. Sonaron campanadas de la catedral y las palomas volaron en la plaza, entre las nubes de ese cielo adormecido.

-¿No te parece a veces, que esta ciudad es como un sueño?

-Sí, como un sueño cuando a las seis de la tarde se almidonan sus montañas de blanco algodón. Y como una vil pesadilla cuando no te tengo.

-¿Una pesadilla? Y... ¿qué le ves de bonito?

-Yo no veo bonita a Bogotá, nada más que me gusta cuando se refleja en tus ojos, como a la luna llena en las fuentes de Las Aguas.

-¡Las Aguas están secas!

-Para mí siempre están llenas, fluyendo y



refluyendo. No importa que no estén, si yo lo vivo así, para mí existen.

-¿Y cuando ya no estemos?

-Siempre estaremos.

-¿Y si algún día te vas?

-Sí, me iré. Siempre me voy.

-Ya no vas a estar para mí, entonces.

-Mientras me pienses, siempre voy a estar.

-¡Cripy! ¡Mariguana! Nos dijo en susurros un muchachito de pelo rojo que se acercó a la banca donde estábamos.

Él me volteó a ver y sonrió pícaramente.

-¡Compremos! Dijo.

-¡Nos alocamos!

-Aloquémonos. Quiero hacerlo y alocarme con vos.

-¿De verdad quieres?

-Sí.

Como sus deseos se convertían en mis deseos, y si me pedía que suba a Monserrate para que luego le cuente cómo se veía todo el paisaje, así lo hacía; ahí me tenían, comprando mota, tratando de armar un cigarro torpemente, para fumar y alocarnos, hasta olvidar quiénes éramos.



Agosto 14 de 2015

Al abrir los ojos, la luz amarillenta de una lámpara cayó sobre mi rostro. ¿Dónde estaba?, ¿qué hora era?, ¿qué día era? Me incorporé al filo de la cama, mientras él seguía durmiendo. Corrí las cortinas y afuera Bogotá seguía viva, sin saber de nosotros, sin importarle lo que nos pasara, sin que nadie supiera de los dos.

Antes de parar en aquel hotel en Chapinero, habíamos ido al apartamento donde él se quedaba. Tomamos en un descontrol de copas anisadas y fumamos sin parar. Desenfrenados con el corazón alcoholizado y el cuerpo drogado, nos entregamos a nuestras más bajas pasiones, a aprendernos la piel del otro con los labios, hasta dejarla dolorida de tanta caricia. Para qué contarles lo que hicimos. Su cabello entre mis manos y su boca perdida mi cuello. Exhaustos nos quedamos dormidos. Al despertar seguimos tomando y nos entregamos a la calle en esa noche alcahueta que nos llevaba de un lado para otro, donde quisiéramos.

En medio de tanto beso y gemido que se nos caía en la cama, cayó una colilla encendida de Mariguana, una 'pata' como él le decía, y ahí se quedó iniciando la hoguera entre las llamas que dejaron nuestros cuerpos. Al salir, el apartamento comenzó a arder. Nosotros regresamos porque un vecino lo llamó a decirle que todo estaba vuelto un infierno. Si el infierno es así de hermoso, qué dichoso me siento de saber que iré. No logran imaginarse el espectáculo de esas flamas doradas, sangrantes de besos, saliendo por la ventana que estalló en mil cristales en el momento justo en que llegamos. Estupefactos en la acera de enfrente, nos reímos a



carcajadas de nuestro infortunio, y nos besamos.

El apartamento sigue ahí, con los cristales rotos aún y las paredes negras. Pase por la diecinueve con Jiménez esquina, a mano derecha de la estación, y alce su mirada al piso cuarto. Ahí ocurrió esto, no tengo porqué inventarlo.





Agosto 15 de 2015

-¿Si me tiro de aquí será que me mato?

-Caes encima de ese auto.

-Voy a saltar desde el otro piso, entonces.

-Te deseo suerte. Le dije y lo dejé parado entre la gente que pasaba a su lado, sin saber que lo verían por última vez, sin comprender que era un condenado. Salí del centro comercial y a los segundos un estruendo. Gritos de todos y llantos.

-¡Se mató! Me dije a mí mismo. Y no era él quien se había suicidado. Con su decisión había acabado conmigo.

Desperté sobresaltado, con los ojos llorosos y llenos de espanto. El corazón alborotado y el cuerpo mojado, sudado.

-¿Qué te ocurre?

-Una pesadilla. Le dije mientras seguía temblando.

-¿Qué soñaste?

-Que te habías suicidado.

-¿Que me había matado?

-Sí, que te matabas. Mejor dicho, que me matabas.

Sentí que me iba en el momento en que saltabas.

-No pienses más en eso. Olvídalo, no ocurre nada. Recuerda que si no lo piensas no existe, no te hagas más daño. Y con su brazo me acercó a su pecho, y sus latidos fueron mi calma.

-¿Sabes? A veces pienso en la muerte, la veo entrar por la ventana, pararse al pie de la cama, llamarme como si de mi estuviera enamorada.

-La muerte se acerca a la vida, envidiosa,



empecinada. Es como la polilla ante la lámpara. La muerte nunca tarda, ni se afana. Llega puntual, sin hacer escándalo, sin decir nada.

-¿Dónde estará ahora? Le dije mientras me arropaba con las sábanas.

-Si haces silencio la escuchas caminar por la calle.

-No la escucho, hay mucho ruido de autos.

-Silencio. Escúchala.

-Se escucha de fondo la nada.

-Esas es la muerte, el silencio que se apaga.

Aprendía tanto de todo lo que me decía. Me encantaba su voz gruesa, el tacto con el que me expresaba sus palabras. Podía pasar horas escuchando sus cuentos, hablándome de Dios, a veces del diablo. Enamorado de los libros, la ópera y el teatro; era mi complemento perfecto, algo así como un milagro.

La noche nos hacía de fondo, y la cama de escenario.



Agosto 16 de 2015

El domingo temprano fuimos al mercado de las pulgas de la Séptima. En ese lugar se encuentra de todo. La otra vez me vendían un reloj enorme, macando las once de alguna jornada. Le pregunté al dueño y me dijo que era de una estación de trenes de no sé qué lugar lejano. Pensé en comprarlo para ponerlo a la entrada.

-¿Qué te parece?

-¡Muy grande!

-¡Marca las once!

-Sí, me encanta.

-¿Serán de la noche o de la mañana?

-No importa la jornada. Las once son la misma hora, la misma dama cambiada de capa.

-Las once, la hora en que por primera vez hablamos.

-Once el mes en que nos conocimos.

Y así seguíamos en ese juego que habíamos inventado, de atraparnos el alma para soltarla de vez en cuando.

-¡Eres un terco! Me decía un par de horas después.

-Ayúdame a levantarlo. Le dije subiendo las gradas, cargando el pesado reloj que a pesar de todo terminé llevándome al departamento.

-¿Y ahora dónde lo vas a poner?

-Lo voy a colgar a la entrada, junto a los libros.

-¡No va a soportar la pared! ¡Es enorme! Es un reloj de estación de ferrocarril.

-¡Ya lo sé! Pero lo quiero tener ahí.

Nunca pudimos cargar el gran artefacto. La



pared era débil y el reloj muy pesado. Sin importarme nada, lo acerqué al pie de la cama, le puse encima unos cuantos libros y la escena quedó mejor que un cuadro de Picasso.

Mientras descansábamos un poco, sonaron notas de La Italiana de Mendelssohn en el tocadiscos. Con su aguja de danzar lento, sacábale melodías al acetato que él había comprado.

-Me imagino mariposas volando por todo el cuarto, cuando suenan sus primeras notas.

-Lo compré para escucharlo contigo. Está en allegro vivace su primer movimiento.

-Esa música tiene impregnado el aroma de Italia.

-En sus tardes está inspirada.

Me encanta el sonido de los oboes, todos afanados.

-vamos a la ventana, nos sentamos y desde allá la escuchamos.

Abrimos las puertas y entró el sol a iluminar la alcoba. Yo sentado entre sus piernas abiertas y él a mis espaldas. Descartes durmiendo entre las sábanas. Sus brazos alrededor de mi pecho, su respiración en mi cuello, la ventana cual pintura antigua mostraba una Bogotá algo enamorada. Nota tras nota y el beso acercándose.

-Te quiero. Le dije volteando mi cara, para verlo de frente, para tener cerca de mí la magia de sus ojos claros.

-Te quiero. Me dijo entre murmullos con los labios apretados.



Inició el segundo movimiento, ¡arriba los tímpanis!  
El corazón alborotado, y desde la puerta, en silencio,  
Mendelssohn mirándonos.





Agosto 17 de 2015

-Debo irme por una semana.

-¿A dónde?

-A Medellín.

-¿A qué?

-A ver a mi familia y hacer unas diligencias.

El sonido del beso se opacó con el chocar de la puerta. Lo miré desde la ventana tomar el taxi y perderse en la esquina de esa calle de piedras.

Empezó aquella semana de soledad, queriendo engañar su ausencia. Las mañanas pasaban silenciosas, sin luz de sol que entrara por la lumbreira. Las tardes melancólicas en la cama, leyendo sus libros, tomando café de recuerdos. ¡Cómo es la vida de cruel, la memoria de imprudente y el alma de delicada!

En la ventana los dos fumando. En la cama los dos riendo. En la bañera besándonos. En el armario él eligiendo mi ropa. En la madrugada entre caricias ahogándonos. Recuerdos que llegaban como esas lluvias inesperadas, que a veces sorprenden en las tardes bogotanas.

A mí también me contaron la historia pomposa del Cupido enamorado. Del personaje juguetón de ojos vendados, que con sus flechas atrapa corazones de seres descuidados. Mas sin embargo yo creo en otro Cupido, no tan tierno, no tan romántico. Es un ser vivaz, calculador y acertado. Capaz de entregar la dicha del amor en unos labios, el néctar del placer en una



caricia, o las simples mariposas locas en un estómago enamorado. Quien después del gozo pasa la factura con recado. ¿O tú podrías explicarme el castigo de recordarte y no tenerte? ¿El sol en la ventana que dibuja nuestra sombra, los besos regados por la alfombra, el olor a tus libros, tu café y tu cigarro? ¿Las caricias mudas que aprendieron a hablar cuando te fuiste, las ganas de no salir a la calle, la biblioteca donde me viste? ¿El colectivo afanando donde siempre nos vamos, el murmullo de la gente que dice 'ahí van los enamorados', las tardes frías de esta Bogotá contigo y las noches que pasamos abrazados? ¿Recuerdas que un día hablamos entre risas de Cupido? Me ha pasado cuenta, y cómo duele no tenerte, la venganza se ha iniciado del Cupido enamorado, ¿Tú estás bien, también me recuerdas? ¡Ven pronto! Siempre llega tu recuerdo, cada vez más retardado.

Así decía una de las cartas que escribí y guardé entre las páginas de sus libros, para que alguna vez la leyera. Sus palabras se han borrado, sus ojos no las acariciaron, y el amor se ha vestido de niño abandonado.



Agosto 18 de 2015

Día tras día nos escribíamos por correo, contando las horas que nos separaban para vernos. Nosotros vivíamos en un mundo ajeno, hecho por los dos, aislado. Todo a nuestra manera era diferente, alejado del amor ordinario. Libre como las palomas que los niños intentan atrapar en la plaza, en esas tardes de mayo.

Este era un amor enamorado, loco y entregado.





Agosto 24 de 2015

-¿Le volviste a ver?

-¡No!

-No puedes mentirme. Tus ojos dicen lo contrario.

-¿A qué te refieres?

-Vienen con el brillo de haberse visto con lo que fue amado. Y además tu beso, me sabía a sombras.

-Lo miré pasar a lo lejos.

-Y sin embargo tu corazón sigue mintiendo. Te quiero tanto que conozco tus latidos, y en este momento no tale, tiembla.

Yo que vivía de una filosofía libre, de un invento para justificarme, pretendiendo no padecer de celos; en ese momento me estaba muriendo. Sentía rabia de saber que su piel se había rozado con otra, de que su mente se había dedicado a extrañarlo, de su espíritu por hacerlo suspirar a la distancia. A pesar de todo, no dije nada. Sonreí para cambiar de tema, respiré profundamente y los dos nos quedamos en silencio. Bastó esa mudez de los labios para comprender que nos habíamos extraviado.



Agosto 29 de 2015

En una ocasión, una tarde de sábado que dedicábamos para los dos, decidimos ir al cine. Aunque no soy amante del séptimo arte, acepté ir, por complacerlo.

-¿Qué película vemos?

-La que gustes.

-Hay tres, elige tú la que quieras.

-Para mí las tres son iguales.

-Son diferentes. Mira la cartelera.

-Son la misma secuencia. El mismo cuento a veinticuatro cuadros por segundo, con diferentes personajes.

-Veamos una basada en algún libro que hayamos leído.

-¡Eso me parece un insulto! Las películas roban el derecho que tenemos los lectores de imaginar a nuestro gusto lo que la novela nos va contando. Además siempre son una versión pésima de la obra. El director se creó en la capacidad de obligarnos a ver las escenas y personajes como su mente lo ha creído.

-¿Recuerdas que leímos juntos El retrato de Dorian Gray? ¡Está en la sala dos! Vamos a verla.

Entramos en el oscuro recinto, nos sentamos en la última fila y entre el centelleo y el sonido suave del proyector vimos la mentada película.

-Y bien... ¿Qué te pareció?

-¡Una fatalidad!

-¡Pero era exactamente tal cual a como la leímos!

-Estaba incompleta.



-Yo la recuerdo muy bien, y está todo lo que en ella se cuenta.

-No. ¡En la película Dorian no tiene los ojos azules!

Esa noche fuimos una sola sombra bajo la luz opaca de la lámpara. En la mesa los libros a medio leer, porque el deseo del alma fue más fuerte que todo eso. Las manos prefirieron cambiar las páginas de nuestra piel a las de las novelas, las bocas deseaban leer y releer los labios del otro. Sus caricias suaves y sus fuertes brazos, su cuerpo en mi cuerpo siendo un sólo cuerpo. Fuimos el cíclope de la Rayuela cortaciana, su mirada en la mía y la mía en la de él.

Me miras, de cerca me miras, cada vez más de cerca y entonces jugamos al cíclope, nos miramos cada vez más de cerca y nuestros ojos se agrandan, se acercan entre sí, se superponen y los cíclopes se miran, respirando confundidos, las bocas se encuentra y luchan tibiamente, mordiéndose los labios... Nos declamaba Cortázar desde la oscuridad de las sombras iluminadas.



Agosto 30 de 2015

-¿Qué tal estuvo tu día?

-Empecé un nuevo estudio de gramática.

-¿Ya no enseñan eso verdad?

-Desde el colegio empezó la decadencia. Se fue la gramática, se fue la historia, se fue la geografía y mataron la filosofía. Por eso no sabemos escribir, ni sabemos de dónde venimos, ni dónde estamos parados, y así nos prohibieron hasta pensar.

-¿Entonces para qué estudias lo que ya no se usa?

-Lo aprendo para mí. Escribo para mí. Los amantes ya no se dicen palabras bonitas. Y yo no puedo pasar un sólo día sin decirte te quiero.

-¿Cuál es tu estudio? Me dijo mientras acercaba sus labios a mi cabeza.

-He pensado mucho en lo que llamo el singular pluralizado.

-¿El singular pluralizado?

-Sí, algo así como la figura retórica del adjetivo sustantivado.

-¿Cuál es su concepto?, ¿cómo lo defines?

-Como aquella palabra en singular que denota pluralidad.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo... Bandada, está en singular más sin embargo significa un grupo numeroso de aves.

-Comprendo, así como orquesta.

-Exactamente.

-Me gusta esa figura. ¿Habría un plural singularizado? Me dijo levantando una ceja, asertivo, y



algo ironizado.

-¿Quieres decir lo contrario a lo que defino?

-Sí, un plural que denote singular.

-¡Si lo hay!

-¿Sí?, yo no encuentro ninguno.

-Sí y está frente a ti.

-¿Cuál?

-Un plural singularizado sería: Tú y yo, los dos, que denotamos uno. Le dije sonriéndole.

Nos alegramos con las miradas, y salimos de la Universidad. Cada vez que me recogía fuera de la facultad me sentía feliz. Era una sorpresa maravillosa encontrarlo parado ahí afuera, con su chaqueta negra y sus manos en los bolsillos. Yo cargado de libros me sentía completo.

Esa misma tarde fuimos a caminar por la Séptima. Él detestaba ver tanta gente y oír tanto ruido, a pesar de eso amábamos recorrer la ciudad juntos, sería porque en esos momentos existíamos sólo los dos. Teníamos como una atmósfera que nos protegía de todos y dentro de ella íbamos donde quisiéramos. Nos paramos frente a la torre Colpatría y decidimos subir.

En el piso cuarenta y ocho, donde está la azotea, nos tomamos una fotografía. Yo abrazado a él y los dos sonriendo, con el paisaje enorme de esa Bogotá con nubes por desfondarse, y el sentimiento de quererlo tanto como lo quise. Desde aquí veo la fotografía, junto a la cama donde escribo. ¿Qué se hicieron las palabras que esa tarde nos dijimos? Seguro se las llevó el viento y aún están tiradas en algún charco de cualquier esquina.



Seguimos nuestro camino y a la altura del parque Santander, encontramos entre carpas, una feria de libros.

Yo no sé si a ustedes les pasa, pero cuando yo los veo, entro en delirio. Me olvido de todo, es como vivir en un letargo, metido entre ellos se me pueden pasar los años.

Como buen amante de la literatura griega, fue lo primero que busqué. Libro que tomaba, lo compraba y se lo pasaba para que me ayudara a llevarlos. Él, cargado de obras, sonreía al verme afanado.

-¡Llevas muchos! ¡Voy a terminar cayéndome!

-¡Uno más por favor!

-Lleva los que quieras. Dijo entre risas.

Tomé entre manos un compilado de las obras de Sófocles y me dediqué a hojearlo. Concentrado entre sus páginas, miré al otro lado de la calle, al pie de la puerta lateral de la iglesia de San Francisco.

-¿Qué ves?

-Tenme aquí. Le dije pasándole el libro. Corrí y como pude entre las manos agarré una paloma que estaba estropeada, con las patas heridas por los hilos y basuras que tenía en ellas enredadas. Se notaba que hacía días no comía, y que al no poder volar, había pasado noches de frío escondida en cualquier rincón, tratando de protegerse de los animales que pudieran hacerle daño. Y pensar que nosotros somos los más terroríficos. La gente, seres inertes, moles que viven por inercia; pasaban a su lado, y la pobre atemorizada, franqueaba de un lado a otro entre los pasos torpes de



esa muchedumbre afanada.

Como pude liberé sus patas, y la dejé volar. Planeando se perdió entre el humo del Transmilenio que llegaba a la estación del Museo.

Me incorporé para regresar donde él estaba, y al levantarme me estrellé con sus ojos claros. Cargando mis libros y con la sonrisa pronta, me dijo todo sin decirme nada. Amante de los animales como lo soy yo, supe que su alma, al igual que la mía, se exaltaba de alegría al ver a la paloma liberada.





Agosto 31 de 2015

-¿Qué haces despierto a esta hora? ¡Ven a la cama! Me dijo con voz ronca, recostado de lado y viéndome con un sólo ojo.

-Escribo.

-¡Son las cinco de la mañana!

-La hora perfecta.

-¡Ni siquiera aclara, ven a la cama!

-Está por aclarar. Mira, por la ventana se ven unas nubes despuntando en un amarillo que las acaricia.

-Ven a dormir.

-Duerme tú.

Se levantó de la cama, con su paso torpe de tanto sueño, se acercó a mí y me tomó de la espalda por los hombros. ¿Se quedaría a mi lado para ver el amanecer?

Agachándose, me dio un beso fugaz, con su mano corrió la taza del filo de la mesa y retornó.

-Mejor vente a dormir. Me dijo. Casi botas el pocillo del té.



Septiembre 1 de 2015

Había una multitud subiendo camino al planetario.

-¿Habrá alguna exposición?

-No. Esta tarde hay corrida de toros. En muy pocas ocasiones las palabras me hieren, y menos viniendo de alguien a quien tanto quiero. Pero en ese momento se me clavaron en el alma, y un odio incontrolable por la humanidad recorrió mi cuerpo.

-¡Cómo puede ser posible que sigan con esa barbarie, con esa costumbre vernácula!

-El nuevo alcalde volvió a aprobar las corridas, por orden de la corte.

-¡Hijo de puta él! ¡Y doblemente los de la corte!

La Santa María estaba atestada por aborígenes que iban a deleitarse y celebrar la tortura a la que es sometido un noble animal como lo es el toro. Su depravación es total. Para poder soportar el sufrimiento de un ser vivo no tienen límites, y pagan costosas entradas para aplaudir tras cada estocada, mientras se limpian la boca luego del placer que esto les causa.

-¡Vámonos de aquí! ¡No lo soporto!

A contadas tres cuadras, me sorprendí al leer por casualidad, para sumárselo a toda la ira que llevaba, una entrevista que El Espectador le hacía a Antonio Caballero.

En una verborrea insoportable, habló pomposamente de su pasión por las corridas de toros, defendiendo con argumentos torpes lo que para él es un arte.



-Llevas horas ahí, leyendo y releendo ese periódico.

-Cada vez que lo vuelvo a leer, me convengo más de la infamia de los taurófilos, de la desesperanza en toda la humanidad, y del asco que me producen los que festejan ese crimen, apoyados por seres tan repulsivos como este.

-Y, ¿qué escribes ahí?

-Le estoy respondiendo las acusaciones y argumentos a Caballero. Lo enviaré a El Espectador.

-No lo van a leer.

-Lo sé. La entrevistadora y el entrevistado se cobijan con la misma manta rota.

-Déjame leerlo. Dijo tomando el borrador y sentándose al filo de la ventana. En voz alta comenzó:

Antonio Caballero:

El veintinueve de agosto, temprano, me encontré con una entrevista que te hacían en El Espectador, donde apareces fotografiado con tu carita de 'yo no fui', y hablando a boca llena de tu gusto y pasión por las corridas de toros, como lo haces cada que puedes donde se te presenta ocasión, pavoneándote de tu afición. Yo voy a responderte en especial de la que te hicieron ese día, no como un 'animalista fanático' o un 'ñoño', como llamas a quienes sí tenemos corazón y voz para los animales, sino como un joven que apenas intenta escribir y aunque no siendo bogotano, siento esta ciudad más mía que tuya. Voy a hablarte de vos a vos.



¿Hace cuántos años nació el toreo en Colombia?, ¿cien, quinientos, mil? Te comento que esa barbarie viene de la madre patria España, no hace parte de la cultura de América, y por lo tanto es una mala copia de una mala arte que en Europa ya se está acabando y que vos te empeñas en defender y mantener.

Entre tus argumentos dices que 'el toreo', el juego del hombre y el toro, se justifica por sí mismo', ¿juego del hombre y el toro?, juego del hombre con el toro será más bien, ¿o es que no ves que el pobre animal no se divierte en medio de su agonía?, ¿que se la pasa atemorizado? Juego el de tus comentarios que me causan risa.

Dices igualmente, y supongo que entre mofas, que un amigo tuyo comentó que 'el antitaurismo nació cuando Walt Disney puso a hablar a los animales', observación estúpida y pasada de tono. ¡Los animales no articulan palabra! Pero sí expresan los sentimientos que tienen y que a vos y los tuyos les faltan. ¿No has visto en los ojos de los toros las lágrimas de miedo?, ¿no te conmueve el verlos correr hasta quedar con la lengua afuera? ¡Haz de cuenta que es Sartre, una de tus influencias literarias como dice Ricardo Sánchez, a ver si se mueve un poco la roca que tienes por corazón! Pobre Jean Paul, debe darle la Náusea al oírte.

Viendo la fotito que tomaron la entrevista, me encuentro con que al fondo tienes un libro sobre Picasso, otro que gozaba con el sufrimiento de los toros, y vivía de eso. Las escenas de tortura de estos animales son tema importantísimo en sus dibujos, grabados, óleos, cerámicas y esculturas. Y te puedo recomendar a otros amantes del arte que profesas, para que amplíes tu biblioteca y colección: Unamuno, Hemingway, García



Márquez, Ortega y Gasset, -¿qué pasó con tu Rebelión de las masas?, ¿te hiciste parte de la masa también?--; Federico García Lorca, -y vos cómo me doliste y cuánto me costó sacarte del corazón, ¡no ves que cojeando del mismo pie eras mi apoyo!--; y Mario Vargas Llosa. Colgate unas pinturas de Fernando Botero y de Dalí para que te suba el ánimo, poné a rodar unos temitas de Sabina y sentante a ver las películas de Almodóvar, con eso te da impulsos y sueltas más argumentos. Yo no me estoy escudando con ninguno de estos personajes a los que no les dio el corazón para tener respeto por estos animales, y a los que deshecho de mi vida para siempre. Te hablo desde mi corazón dolido, con el sable de mi espíritu y el grito de mi voz, que es la misma voz de todos ellos, porque si no la tienen yo les regalo la mía.

'Tenemos deberes para con los animales que tienen trato con nosotros. Y este primer deber (tratarlos con respeto) no lo veo mejor cumplido que con respecto a los toros bravos, de lidia, de combate... tratados de hombre a hombre y no de hombre a cosa'. Así sigues balbuceando en la entrevista, y en otra parte exclamas: 'no creo que los animales sean sujetos de derechos'. Si tenemos deberes para con ellos es porque tienen derechos, ¿al fin los tienen o no? Ponete de acuerdo, no hagas quedar mal a tu antepasado el ilustre filólogo colombiano, doctor Miguel Antonio Caro. De tu tío Klim no me importa nada, puesto que sufría de tu mismo mal. ¿Será cuestión genética que corre por tu sangre, la indiferencia ante el dolor de los animales? Si es así apreciado Antonio Caballero, quedas libre de culpa social y jurídica, la primera porque yo lo digo, la segunda por enajenación mental. Yo he visto la estatua del señor



Caro, a las fueras de la academia colombiana de la lengua, taparse la cara de vergüenza.

No es necesario entonces, manipular al pueblo ignaro como lo llamas, para que se dé cuenta de que las corridas de toros, y cualquier tipo de atropello hacia los animales es una infamia criminal. Aprovecho para contarte que no sólo tus argumentos me son inválidos, sino también los de quienes defienden los circos con animales, los zoológicos, las peleas de perros, las peleas de gallos, la caza furtiva de elefantes, ballenas y tantos otros seres maravillosos como éstos, los coleos, las fiestas del toro de júbilo en Soria, las de San Juan de Cáceres, ni la matanza de delfines. Porque yo gozo de ver un animal libre haciendo parte de mi mismo hogar que es todo el mundo y no sufriendo y acorralado como te gusta a vos. En este momento me pregunto, ¿cómo te sentirás encerrado en la Santa María, en medio de multitudes, con un picador acechándote y ya tres banderillas clavadas en tu espalda? ¿Te dará miedo también?, ¿correrás despavorido?, ¿no sentirás placer?

Sigues diciendo ahora que esto 'es una celebración del valor de la inteligencia, de la fuerza, del juego, del riesgo, de la belleza, de la verdad. Una celebración de la vida real, de la vida verdadera que incluye el peligro y la muerte'. ¿De la belleza?, ¿cómo puedes ver belleza en medio de la sangre derramada por el toro moribundo?, ¿sufres de hematofilia también? Pensamos lo mismo con aquello de que la vida verdadera incluye el peligro y la muerte, nunca hemos estado tan de acuerdo, pero el quitar la vida a voluntad a un ser indefenso es un trastorno homicida, y como también estamos de acuerdo en que los animales tienen derechos (principalmente el



derecho a vivir), el causante de su muerte es un asesino, para que lo sepas y lo tengas en cuenta. Y no pretendo edulcorar ni azucarar la vida, como dices que lo intenta hacer la ñoñería antitaurina. La vida es cruel y dura, y obviamente incluye a la muerte, pero no causada a voluntad, ni mucho menos a un animal que no puede defenderse en esas condiciones. La vida la intento llevar y lo que me ayuda a hacerlo son precisamente ellos, los animales y su amor incondicional y puro. ¡Pero cómo no quieres que la vida se cada vez más cruel con personajes como vos!

Hablas pomposamente de la muerte del toro como algo sacrificial y casi inevitable; y claro que es así, si la vida del toro está en manos del torero. A todas estas te pregunto, ¿sabes qué significa sacrificial? Por sí o por no te lo digo: Que es apto para el sacrificio. Del torero dices que su vida es muy importante anquen siempre es posible también su muerte. ¿Sabes otra cosa?, yo aplaudo cada vez que un toro encuentra a un desgraciado de estos, y me duele más en el espíritu la muerte de uno sólo d estos animales que la de todos los 'oficiantes del sacrificio' juntos.

'Cosa (la de los toros) ancha, profunda, múltiple, llena de sentidos y de significados éticos y estéticos'. ¿Dónde ves la ética y la estética en este tipo de crimen?, qué prodigio el tuyo verlo que yo no veo en el lugar donde no lo hay. Te recomiendo algo, móntate una cátedra en la Universidad Nacional, en la facultad de Filosofía, sobre ética y estética taurina, serías la envidia de Hegel. Si quieres yo te ayudo y te sirvo hasta de asistente.

Y para ir terminando esto, porque ya me tomó mucho tiempo y tengo que ir a dar de comer a las



palomas de la plaza de Bolívar, ya sabes que el veinticinco de octubre se realizará la consulta popular antitaurina, y estoy seguro que desde la noche anterior no pegas el ojo. Pero no te preocupes, te lees el Romancero gitano de Lorca y te tomas un buen vaso tibio de leche de toro, digo de vaca, y así pasas la velada. Yo por mi parte me levantaré temprano a votar con un rotundo NO a las corridas de toros en Bogotá y a pedir a cuanta persona vea que haga lo mismo. Te dejo recomendando otros artistas taurófilos como Bose para que pases tu pena oyéndolo, cuando vas que tu campaña infame por mantener esta ignominia se ha perdido.

Dices que 'la democracia es también, y tal vez sobre todo, el respeto de los derechos de las minorías', ¿y los derechos de los animales dónde me los dejas?, pongámonos de acuerdo que así no podremos dialogar. Y más adelante en tu magnífica entrevista dices que 'el gusto por tauromaquia no es asunto que tiene que ver con la democracia', pero también afirmas que los seguidores del toreo son una minoría, ¿entonces tienen o no tienen derechos?, ¿te sirve o no te sirve la democracia? ¡Ah claro que sí te sirve si te saca ganador en la consulta, sino es un atropello para vos y tus secuaces! Así no se juega caballerito, esto no es la Santa María y aquí estoy yo, junto a muchos más, para defender ese milagro llamado toro. Que existe un derecho fundamental para las minorías a ser respetadas por las mayorías dices, ¿no entiendes el acto democrático de elección?, es simple, te la explico: Se acepta lo que la mayoría decida. Y sufres y te lamentas porque 'esto se está acabando', que lo temes no sólo por vos y tus gustos personales, sino porque se avecina un



empobrecimiento cultural con el fin de esta canallada. ¿Empobrecimiento cultural?, empobrecimiento el tuyo al apoyar algo que debió acabarse hace mucho y te empecinas en ayudar a mantener. Te veo como a niño chiquito llorando ante el globo que se le fue, ¡y a vos este ya se te escapó Caballero! 'Lo culturalmente refinado' llamas al toreo y sentencias de que esto se está acabando como lo hará el ballet, el sumo japonés, el placer de fumar y el arte povera; pero tranquilo que eso no ocurrirá, no confundas el café con el té. Mientras no muera un animal bajo las manos de un hombre, por mí que se vistan hasta con pieles de humanos.

Pero ven, tienes una esperanza de la que tal vez ni tú te has dado cuenta, y yo con este gusto tremendo por los números, la agarré en el aire y palidecí. Dices que ustedes son alrededor de unos cien mil aficionados en la capital, y que los antitaurinos son apenas unos mil, ¿no ves que tienes el sartén por el mango? Además de eso, como el umbral es de novecientos mil votos, no gana el sí ni el no y la consulta fue pérdida de tiempo y dinero, y al fin vos sigues con tu tauromaquia y tus artículos, y yo desde donde esté sigo tratando de salvar cualquier paloma.

Por la humanidad entera pido en nombre de mis hermanos los animales que se vote con un bien marcado NO en la consulta del veinticinco de octubre, y en cualquier otra que se dé en cualquier parte del planeta. No hay que permitir más atropellos ni infamias para los animales, que la Santa María sea un lugar para eventos culturales y los animales vuelvan a su lugar, puesto que son ellos los dueños del mundo y nosotros la plaga que vino a acabar con todo. Bogotá ya no es la



de tu tiempo, te va tocar alejarte mientras te veo llorar como en el poema de Machado, otro taurófilo más. A esta ciudad le repugna y le duele el dolor que sienten los animales, por lo menos a mí me destroza. La Bogotá de tu época ya abrió los ojos.

Hagamos algo y cerremos con estrechón de manos esto: Si gana la consulta con un no, yo te sirvo de asistente en tu cátedra de la Universidad Nacional a perpetuidad y ad honorem. Si ganamos con un sí, yo te invito a esos eventos de sangre y dolor, artístico obviamente, como tanto te gustan. Montamos una réplica del coliseo romano en la Santa María y cobramos la entrada; con el dinero recaudado te compras unas obras de Picasso. Cobras lo que quieras, uno, cien, mil millones por boleta, porque yo pago lo que sea por verte a vos en medio de diez leones. ¡Qué maravillosos espectáculo!

-Tenemos que hacer algo. Dijo terminando de leer y botando el cigarrillo por la ventana.

Salí sin decirle nada, a caminar. Necesitaba cargar mi alma, y tratar de quitarme ese dolor que me agobiaba. Una pena incontenible por la vida, un dolor por lo que es y en lo que se convierte. Tenía vergüenza absoluta de pertenecer a la humanidad.



Septiembre 2 de 2015

-¿Para qué esos tarros de pintura? Le dije al chico que acaba de entrar en mi cuarto.

-¿Tienes una sábana blanca?

-Sí, de ese cajón puedes tomarla.

-¿En cuánto viene?

-¿Quién?

-Pues tu novio. Tu pareja. Me dijiste que salías con alguien mientras subíamos las escaleras.

-No está, anda en Medellín viendo a su familia. Pero no somos pareja.

-¿Qué son entonces?

-Una necesidad de cada uno que encontró salvación en el otro.

-Una casualidad.

-No, para nada. Las casualidades no existen.

-Fue casual que se encontraran, en medio de tanta gente. Es algo así como un milagro, una probabilidad de un en millones.

-No pasó por casualidad. Estábamos destinados a conocernos, a que yo llegara puntual y a que él pasara ese día, a esa hora por la entrada de la universidad.

Se fue quitando la ropa, mientras seguíamos charlando. Su cuerpo desnudo parado frete al espejo, ahora dos cuerpos, el suyo y el del reflejo.

Mientras nos besábamos, mi mente especulaba en qué estaría haciendo, dónde se encontraba, y si también al besarse con otro pensaría en mí.

Regó en la sábana blanca los botes de pintura de diversos colores, y como si de pinceles se trataran



nuestros cuerpos, pintamos sobre ese lienzo, en el caballete que era nuestra cama, la mejor obra de arte. Infidelidad le llamó él. Éxtasis le puse yo.

Tendimos la tela en la ventana para que se seicara, y mientras esperábamos a que el viento hiciera lo suyo, volvimos a hacer el amor.

-Antes de irte pon tu nombre en la pared, por favor.

-¿Dónde? Ya no queda un espacio en blanco.

-Donde quieras.

-Tendré que escribirlo sobre otro.

-Está bien. Hazlo.

Caminó hasta la puerta, y misterio del destino, tachó y colocó su nombre justamente sobre el de Alejandro. Me lanzó un beso con su mano, y se marchó.



Septiembre 12 de 2015

-Te has demorado tanto.

-Un par de días más de los que te dije.

-Son doce días con tres horas.

-¿Tan exacto? ¿Llevaste la cuenta?

-Intenta no respirar, y en esa agonía notarás el pasar de cada segundo rasgando tu piel.

-Prometo no demorar tanto la próxima vez... ¿Y esa tela?

-Una pintura.

-¿Cuándo la hiciste?

-Hace unos días, para matar el tiempo, y no recordarte tanto.

-Es muy rara. Parece hecha con las manos.

-¡Con el cuerpo!

-Sí, algo así.

-¿Podrías llevarla a que la enmarquen?

-Claro que sí, ¿dónde la pondrás?

-Sobre la cama.

Agarró la tela, que yo antes había cortado en unas dimensiones adecuadas, la dobló y se la llevó bajo el brazo. Mientras iba saliendo, camino hacia la puerta, de ella se iban cayendo un par de besos y unos cuantos gemidos.



Septiembre 13 de 2015

Me llamó cierta tarde, y me pidió que nos viéramos en el planetario, en punto de las cinco.

Antes de llegar sospeché que habría corrida de toros, y por un momento desistí de ir. ¿Y si no era para estar en ese lugar, sino sólo un punto cualquiera para encontrarnos e irnos? Pasada las seis fui llegando.

-Te estuve llamando. ¡Te tardaste mucho!

-Lo siento. Le respondí.

Con afán me agarró de la mano y me llevó corriendo hacia la Santa María. Al llegar, decenas de personas con carteles y arengas luchaban esa tarde porque no se dieran más corridas de toros. En su interés por ayudar a los animales, con ese corazón tan noble que tenía, había convocado a través de varios amigos esa cita para protestar en contra de la barbarie.

Conocidos y amigos, todos unidos esa tarde, ya casi cayendo la noche, junto a una hoguera, hicimos campaña porque ganara el NO en la consulta antitaurina. ¡Cómo no decir que llegué a amarlo con cada fibra de mi corazón!

Al llegar al apartamento, me sorprendió con un regalo. Me entregó la pintura en un marco de madera caoba que contrastaba con los arañazos de la obra.

-¿Te parece bien aquí? Me decía mientras la cargaba sobre su cabeza, encima de la cama, buscándole el mejor lugar.

-Sí, ahí está bien.

La sujetamos y mientras eso ocurría, no podía



dejar de pensar en el chico aquel. Ahora estábamos colgando el resultado de la lujuria, sobre la cama donde pasaríamos la noche juntos.

-Tengo que confesarte algo. Le dije en un tono descarado.

-Dime.

-Te fui infiel mientras no estuviste. Me acosté con un chico.

-¿Con quién?

-Con el que pinté la obra.

Me miró en silencio, y sólo el silencio era mudo testigo de lo que sentía.

-Yo también tengo que confesarte algo. Respiró profundamente.

-Sí, dime.

-Me acosté con el chico que enmarcó el cuadro. Y estando en esas, me contó cómo y ustedes habían pintado la escena. Me dijo en un tono más descarado aún.



Septiembre 26 de 2015

Sus continuos viajes, nuestras inestables manos a veces juntas, a veces alborotadas, acariciando cuerpos ajenos por no perder la costumbre del halago a la piel, habían empezado a hacer un hueco en el cielo que nos cubría.

Dos semanas sin saber nada de él. Yo trataba de salvarme de su recuerdo constante, escribiéndole cartas que guardaba entre los libros, pensando en que tal vez algún día las leería. Besaba otros labios en la ansiedad del cuerpo, y sonreía para otras sonrisas en la necesidad de un reflejo. Hablaba hasta con los pájaros en el deseo de con ellos mandarle un te quiero.

Se había vuelto para mí, más que una codicia, el deseo de tenerlo siempre a mi lado. Me sentía como la flor moribunda en medio del desierto, que sólo espera, que sólo quiere, esa gota de agua que la pueda salvar.

Pero esa mañana, me levanté decidido a acabar con todo. Yo que me enorgullecía de contar mis amantes por el inventario de mis paredes, y de que nunca puse el alma en cama ajena, comprendí que con él todo era distinto.

Antes que nada, como para darme un impulso, y tener el empuje y el talante para lo que quería hacer, saqué de entre la mesa de noche, una agenda azul que hacía unos cuantos meses había guardado. En ella encontré fechas y nombres, eso sí, todos de hombres, ni una sólo mujer; en los aspectos del placer de la carne soy muy selectivo. Y aunque tuve encuentros con un par de ellas, jamás llegaron a hacer parte de aquel catálogo, nunca trascendieron para mí. Divididas en



tres columnas aparecían las hojas de la libreta, y en ellas junto a su fecha respectiva, los nombres de los chicos con los que había estado. Clasificados en relaciones, semi-relaciones y aventuras, eran prueba fehaciente de que podía dominar mi corazón y poner freno a mis sentimientos, siendo capaz de estar con tres el mismo día y a ninguno entregarle ni una miga de afecto. Todo estaba listo, planeado, hoy se acabaría todo.

Esperaría a que regrese, tendría sus pocas cosas listas, y le pediría que se vaya para siempre. Que se olvide de mí, que no vuelva a hablarme en su vida.

Y así lo hice.

Regresó como si nunca se hubiera ido. Con sus ojos celestes que eran mi cielo favorito.

Las palabras a flor de labios, todo lo tenía listo, libretado la noche anterior, palabra tras palabra, estudiadas, todo conectado para que nada fallara, y lo único que acerté a decirle fue, te quiero.

-Te quiero, y no quiero que te vayas nunca de mi lado. En sus brazos era un impotente, un volcán que antes de estallar renunciaba a su estruendo.

Me besó con sus labios cálidos, dejó la maleta y salió a la calle.

Yo quedé parado en medio del cuarto, con la ventana abierta, donde había dos palomas en sus románticos arrumacos.

-¡Mierda, me enamoré! Fue lo único que pude decir.

Y las palomas volaron juntas, asustadas. Tal vez se habían dado cuenta que también estaban enamoradas.



A la noche, luego de despedirnos, me alisté y salí a entregarme a la noche de Chapinero. Y es que usted no crea, esta ciudad a oscuras se vuelve un vicio. Caminar entre las calles iluminadas por neones, encontrar fantasmas en las aceras y uno que otro loco poeta con quien hablar de Baudelaire, sumándole las cantinas de música fresca y el peligro constante de la muerte que lo acecha, son más fuertes que una dosis de heroína.

Heroína, irónico nombre para un opiáceo. ¿Será acaso porque nos salva de la realidad de la vida? Me dije a mí mismo mientras entraba en el bar.

Estaba atestado de gente, retumbando en su sonido de copas. Parejas que fingían quererse, como yo también lo había hecho, mataban las horas de esa noche.

En la esquina, un hombre pasado de tragos, vomitaba agarrado de un poste, mientras dos chicos le esculcaban los bolcillos. Y es que Bogotá es así, mientras el muerto sirva para algo, para sacarle el reloj, los zapatos o quitarle un órgano, siempre habrá quien se comida a atenderlo. Cuando el cuerpo quede, aparte de sin vida, sin nada que le sirva, será cuestión de la morgue. Esos ladroncitos son los chulos de la sociedad, cumplen su misma función, son carroñeros. Una noche, uno me atracó en plena Caracas con cincuenta y siete. Puntal de las cuatro de la madrugada se me presentó. Ya sé que dirán que a quién en sus cabales se le ocurre andar por esos lados y a esa hora. Y aquí les respondo: Pues a mí. Como les digo, me robó el reloj y la billetera.



De paso me robó un suspiro. En sus ojitos maléficos de negro inicuo me fui agarrado al trote que pegó. Que me robaron, ¡pues que me roben! De algo han de vivir ellos, y yo que creo que uno está siempre al borde de perder la vida que es lo máspreciado que se tiene, perder una billetera o un reloj es algo trivial. Además si él me robó el dinero, yo le robé el recuerdo y así quedamos a par.

Luces de colores, humo y música sensual encendieron el escenario. Y ahí estaba, tan cerca y a la vez tan lejos, vestida de un traje negro y esos ojos azules que me invitaban a pecar. Sonrió como sólo lo hacen los ángeles. Tomó el micrófono y su voz retumbó en mi alma. Entre tantas miradas, la mía desnudó a Margoth. Esa mezcla de feminismo y hombría eran el paraíso. Pasó la noche, entre tragos de brandy, y al irme, su imagen se fue conmigo.



Septiembre 27 de 2015

-¿Qué haces?

-Escribo.

-Pero esos son garabatos. No estás escribiendo.

-¡No son garabatos! Estoy inventando un nuevo idioma para decirte, te quiero.

El silencio de la noche se apagaba con el pasar de las horas. Callado el cielo bogotano, cosa rara y que casi nunca sucede, hacía que deleite mi existencia con la dulce melodía de su respirar, mientras lo veía dormir. Me levanté despacio a la ventana semiabierta, por donde un viento caricia se colaba hasta nuestra cama. Y ahí estaba la luna espíándonos entre las cortinas. Al ver en mis ojos su reflejo cargado de celo, por estos dos mortales que sólo sabían amarse, se ocultó tras un manto de negras nubes.

-¿Qué haces? Me dijo sorprendiéndome con sus brazos en mi espalda.

-Escucho la noche.

-¿Y qué oyes en ella? Susurró a mi oído.

-El fluido de los lápices, en esta noche de poetas.

Me besó y lo besé. Y entre el beso sonreímos. Tan juntos nuestros labios y en medio de ellos nos cabía todo el universo. Desnudos frente a la ventana, bañados de luz de blanca luna, de repente quedamos en finieblas. Luego de que con un soplo de nuestras bocas decidiéramos apagarla por esa noche.



Octubre 4 de 2015

Había llegado el domingo y con él mi cumpleaños. Como estaba prometido, salimos temprano, a un lugar que no quiso decirme.

Tomamos un autobús y por algo más de dos horas nos alejamos de la ciudad.

-¿Dónde vamos?

-Ya te darás cuenta.

Nos bajamos en la carretera y caminamos un pequeño tramo, entre árboles y piedras.

Al llegar encontramos un caserío, y de repente varios niños salieron corriendo, lanzándose a los brazos de Alejandro, felices de verle. Yo estupefacto, miraba de lejos sin comprender nada.

-Ven, acércate, camina conmigo.

Al ritmo de su paso lento, mientras todos le saludaban desde las casas, fuimos llegando hasta una capilla pequeña.

-Debo confesarte algo. Me dijo mientras sacaba unas llaves de su bolsillo.

-No entiendo nada, ¿qué ocurre?

-Antes que todo, quiero pedirte disculpas por haberlo tenido oculto. Pero no puedo más seguir con esto. Si lo hice fue por temor a lo que tú me dijeras. Lo he pensado, y aún sabiendo que tal vez hoy se acabe todo, decidí confesártelo.

Abrió una puertecilla que estaba a un lado del templo y agarrándome de la mano me hizo entrar. Encendió un bombillo que débilmente iluminó ese



cuarto. Una mesa, un armario con hábitos, sotanas, cáliz y demás utensilios usados para celebrar la misa, estaban ahí.

-¿Qué es esto? ¿Qué hacemos aquí?

Me miró fijamente a los ojos, me tomó de las manos y dijo:

-Soy sacerdote, el párroco de esta capilla.

Su voz retumbó en la ermita. Sentí un frío que recorrió mi cuerpo, y mil preguntas llegaban a la vez a mi cabeza.

-Pero... ¿cómo?, no entiendo. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

-Por temor. Por miedo a que esto cambiara lo que hemos vivido. Jamás imaginé que llegarías a ser tanto en mi vida, y cuando te conocí ya estaba entregado a estos servicios. Decidí callarlo, pensando en que tal vez lo nuestro no iba a ser más que un par de salidas. Cuando me di cuenta, te amaba tanto como sólo he podido amar a Dios.

Una lágrima corrió por mi mejilla. El ruido de los niños jugando se escuchaba desde afuera.

Esto justificaba su comportamiento, su forma de vestir totalmente de negro, el mutismo de sus viajes y sus prolongadas ausencias.

-No llores. Sé que esto cambiará todo. Que nada será igual, y que tal vez hoy todo llegue a su fin. Acepto la decisión que tomes. Debí habértelo contado. Mis viajes por semanas fuera de Bogotá, eran para venir a realizar mi servicio pastoral con esta comunidad. Te mentí y lo acepto.



Suspiré profundamente, lo miré fijo y sonreí.

-Nada. Absolutamente nada haría que cambie lo que siento por ti. Te amo. Y hoy te amo más que nunca. Viviste todo este tiempo ocultando algo que amabas, por el amor que tienes a lo nuestro.

Lo tomé de la cara con las manos, su barba rozaba mis palmas, lentamente lo acerqué a mi boca y con un beso, volví a decirle te amo.

Yo que nunca hubiera imaginado volver a una iglesia, y en ella le entregué el corazón. Ahí me tenía usted, cada ocho días, junto a él, jugando con los niños, ayudándolo a organizar la capilla para la misa, haciendo proyectos con los padres de familia, cargando sus hábitos, recordando las cosas que por descuido olvidaba el padre Alejandro.

Delante de todos éramos amigos, un conocido que había venido de lejos y que por momentos le colaboraba. Bajo los ojos del Cristo crucificado, fuimos siempre dos corazones ardiendo en uno, como las flamas de las veladoras al pie de los santos.

No voy a negarlo. En alguna ocasión también hicimos el amor al pie de los altares.

-¿Crees que Dios nos juzgue?

-¿De qué?

-De lo que nos juzga la gente. De amarnos como lo hacemos, y que al igual que a muchos, lo vea él también como un pecado.



-Te voy a confesar algo.

-Dime.

-Desde que nos miró, Dios no nos juzga, nos envidia. En su creación de amor, nunca tuvo quien lo amara tan verdaderamente como lo hacemos tú y yo.

Ese domingo el salmo fue como escrito para los dos. Leyó primero de Samuel dieciocho uno, con su mirada pícaro y su voz fuerte. Parado detrás de la última banca, observaba su cuerpo cubierto por ese dorado hábito, su barba negra y sus dedos pecadores cambiando las páginas de la biblia. Cerrando los ojos deliré entre deseos de quitarle todo, y dejarlo así como lo fue siempre, creado para mí.



Octubre 8 de 2015

-¿Miras esa nube junto a esa montaña?

-Sí.

-¿Y esa otra allá, donde está apareciendo esa primera estrella?

-Sí, también. ¿Por qué?

-¿No te parece maravilloso que pudiéramos encenderlas? ¿Prenderles fuego?

-¿Fuego?

-Me encantaría verlas arder, como si fueran algodón bajo las llamas, volando en lo alto, iluminando el atardecer.

-Ahí está la primera. Me dijo mostrándome con su mano izquierda una nube lejana, bañadita en oro por el sol que se moría.

-¡Aquí están todas! Le dije dando media vuelta y besando su boca. Y sí... sus labios siempre me fueron eso, nubes a fuego lento, pedazos de algodón.

Recuerdo mientras escribo esto, aquel atardecer. Los dos juntos, trepados en el campanario. Alguna tarde volveré a cazar nubes y a ver su recuerdo de nuevo sonreír.



Octubre 9 de 2015

Las noches tapizadas de plata y las auroras veladas de oro. Así eran nuestros días, sin afanes ni condiciones. Seguros de que estábamos hechos él para mí y yo para él. Éramos como el cielo y las estrellas, lejanos pero juntos el uno del otro.

-¿Vamos al bar de Margoth? Le dije.

-Sabes que no me gustan esos lugares. Hay algo en ellos que me causa espanto. Que me hace sentir otro.

-¿Qué es?

-El temor a querer quedarme para siempre en el bar.

Él se quedó con su noche, velando la cama, siéndome infiel con algún lucero mientras leía entre las sábanas. Yo decidí irme a perder una noche más con las sombras. Porque la costumbre es para mí la cárcel del amor, la tijera que corta las alas del romance, lo que seca el beso cual si fuera una rosa bajo eterno sol.

Esa noche hubo show, aunque más tarde de lo normal. Lo que a mí me importaba es que había llegado, y que ahí estaba con sus labios rojos y su vestido color azul maldición. Estaba decidido, esa noche le hablaría, no soportaba más el verla desde lejos y no poder tenerla. Terminada la última canción se bajó del escenario y se perdió detrás de una puerta.

Corrí tras suyo y antes de entrar logré agarrarle la mano.

-Margoth. Le dije.

Volteó y sus ojos fijos se clavaron en los míos. En ese



instante un escalofrío corrió por mi espalda. Se detuvo el tiempo, pues esos ojos ya me habían visto. Era como si conocieran mi cuerpo y mi alma. Sus pupilas precisas con su azul infinito me habían sido reflejo en muchas noches, entre besos y caricias.

-Quiero hablar contigo.

Y el sonido de la puerta en mi rostro fue el único que respondió. Dio media vuelta y sin decir nada se perdió.

-¿Cómo te fue? Son más de las cuatro.

-Muy bien. También la he amado. Dije sentado al filo de la cama, ebrio de recuerdo, quitándome el pantalón.

-¿A quién? Dijo son voltearme a ver, acostado de lado, con la luz apagada.

-A ella, en el bar aquel.

-¿También la has amado? ¿Tú y cuántos más?

-Todos los que la ven la aman. Me siento inútil, al amarla entre tantos.

Sin decir nada, se acercó y me besó. Entre el tufo de libros y cigarras que la noche me había obsequiado, respondí a sus labios suspirando, mis labios que temblaban. Yo sobre él, con la mirada perdida en la oscuridad del cuarto. Encendí la lámpara que reposaba silenciosa sobre la mesa. Sus ojos en mis ojos, y en ellos los de Margoth.

Me entregué sin decir nada a su cuerpo que gritaba, deseando muy en el fondo que fuera aquella en lugar de él. Seguramente Alejandro fantaseaba con algún muchacho de barrio, o con algún personaje de alguna novela parisina del siglo veinte que esa noche había acabado de leer.



Octubre 10 de 2015

Esa mañana Bogotá amaneció triste. De nubes negras con llovizna de ventanas, sin palomas en la plaza y el cuarto oscuro sin lámpara que le alumbrara.

-Voy a irme por todo el fin de semana. Tengo que ayudar con la preparatoria de los chicos para las fiestas que se vienen en la capilla.

-Quiero ir contigo. Le dije abrazándolo fuerte.

-Tienes que terminar la novela que estás escribiendo, no puede esperar más. Muero por leerla.

-Puedo hacerlo estando allá contigo.

-No. Allá te olvidas de todo, y por más que lo intentes terminas jugando en medio de los chicos.

-Está bien, trata de regresar pronto.

-Te lo prometo.

Me dio un abrazo al partir, y yo me quedé saboreando su beso, mientras desde la ventana lo veía tomar el autobús. Partió entre los carros, y el humo oscuro que botaba el micro se elevó a los cielos, perdiéndose entre gotas de lluvia cristalinas que seguían cayendo.

Traté de quitar de mí ese sentimiento de tristeza y fatalidad con el que había amanecido. Tomé un par de libros y me tiré en la cama. Descartes como presintiéndolo todo, se arrunchó junto a mí, y solamente ronroneaba.

No pude seguir leyendo. Cada libro él me lo había leído. De nuevo un Cupido enamorado se burlaba de mí. Pasé el día y la tarde, sentado en el filo de la ventana viendo las gotas caer, pensando en él, fumando cigarros sin parar, sin decirme nada, sólo oyendo mi respiro



profundo al compás del corazón.

Bajaba la noche bañada de estrellas, y la luna apareció toda vestida de duelo. Entre las montañas sombrías caían rayos. Un perro aullaba desde el patio de alguna casa. Las palomas que habían hecho nido en las tejas de nuestro balcón, hacía días que se habían marchado.

Sonó el teléfono con su estruendoso timbre. Me desperté al instante y corrí hacia él. Al llegar dudé en contestar. ¿Quién podría ser a esa hora?, ¿qué pudo haber ocurrido? Respiré profundo y levanté la bocina.

-¿Hola?

-¿Me contestan de la casa del señor Alejandro?

-Sí, ¿qué ocurrió?

-Le llamamos del hospital universitario San Ignacio, ¿podría venir urgente por favor?

Quedó el teléfono tirado en el suelo, y la voz de la enfermera preguntando si aún seguía ahí.

Agarré un gabán y salí como pude. Antes de cerrar la puerta miré el reloj de la estación al pie de la cama, marcando las tres menos diez de la madrugada. Hora que nunca olvidaré. Cerré la puerta bajo llave y salí a la calle en busca de un taxi, con el corazón en la mano, el tiempo corriendo, el viento soplando, la lluvia cayendo y el reloj ya marcando las tres.

Llegué indagando por él, y después de un par de preguntas, me hicieron seguir a un cuarto donde lo encontré inconsciente sobre una camilla. Estaba con su cuerpo bañado en sangre, su rostro inflamado por los golpes que le habían propiciado, sus ojos semicerrados mostrando su azul ya casi anochecido.



-¿Qué te pasó? Le dije entre llanto.

-No puede oírle. Me dijo el doctor.

-Está en un coma profundo. Comentó una enfermera mientras limpiaba sus heridas, cortaba sus prendas y estaba pendiente de las máquinas a las que estaba conectado.

-Alejandro, volví a decirle entre susurros acercándome a su oído. Mis lágrimas caían sobre sus mejillas, y mi deseo de volver a tenerlo, así me tocara entregarle la vida, me estremecía el alma.

-Debemos retirarnos.

-Alejandro, repetí con la voz destruida. Agarrado a su mano, queriendo no soltarla jamás.

-Por favor, salga. Vamos a realizar unos exámenes y debe estar afuera.

Habíamos llegado hacía un par de horas, y el mar ya nos esperaba. Sentados en la orilla al filo de una palmera, veíamos las gaviotas volar, y en sus alas enviamos nuestro más profundo deseo de estar siempre juntos, y de que nada nos pudiera separar.

-¿Has pensado que así estemos lejos, cuando toque el océano, estaré tocando tus labios?

-¿Cómo sería?

-Esta noche cuando hagamos el amor entre sus olas, y nuestros gemidos se opaquen por su romper entre las rocas, su profundidad aprenderá nuestros cuerpos, y su azul media noche nos acariciará la piel. Desde ahí el mar será nuestro, de los dos.

Entre nubes y la arenisca que levantaba el viento



fibio, el sol se iba poniendo, en una cama de nácar carmesí. Yo, decidí amanecer entre sus brazos.

-¿Disculpe? Me dijo la enfermera sacándome del sueño. No sé en qué momento me quedé dormido en la sala de espera.

-¿Sí? ¡Dígame! Le respondí sobándome los brazos, con el frío del amanecer por todo el cuerpo.

-El médico desea hablar con usted.

Caminamos por los pasillos blancos, de luces blancas, olorosos a alcohol y desinfectante. Supe que estaba ahora en una pesadilla.

-Siga, tome asiento.

Estaba el médico de urgencias junto a dos agentes de policía.

-¿Qué es usted para el señor Alejandro? Me dijo uno de ellos.

-Su pareja.

-¿Pareja?

-Sí, su novio.

-¿Sabía usted que él perteneces a la iglesia?

-¡Claro que lo sabía!

-¿Qué día y a qué hora salió él de su casa? Prosiguió indagando el otro, en una serie de preguntas que me confundían y atormentaban. Yo me limitaba a responder.

-Tuvo contusiones severas, fractura de un par de costillas, y un daño cráneo encefálico por golpes con objeto contundente. Dijo el médico revisando la historia clínica.

-¿Sabe usted el motivo del ataque?

-En lo absoluto. No sé nada. De hecho no



comprendo cómo le pudo ocurrir algo así, a alguien que no hacía daño alguno y que por el contrario estaba entregado a la comunidad de su parroquia.

-Según nuestras investigaciones, fue un ataque por homofobia.

-¿Homofobia?

En ese momento mi cuerpo se bloqueó y mi mente colapsó. No cabía en mí el que alguien fuera capaz de esto. De atacar a otra persona por ser diferente. Diferente en la igualdad de ser todos lo mismo. En la intolerancia ignorante de no comprender que el amor no tiene barreras, que no sabe de sexo, de país ni religión, que es indiferente a raza o condición. ¡Atreverse a dañar a alguien por ser diferente! Como si el sol atacara a las estrellas por ser ellas como so, o si las flores entre ellas se pelearan por su color. Con la misma ira y dolor que sentí en ese momento, escribo estas líneas, cargadas de tristeza y resentimiento. Al ver su cuerpo dañado por los ataques a los que fue sometido por un grupo de desadaptados, representantes de una minoría que agobia el mundo con sus argumentos retrógradas, de un machismo inútil inculcado por la falsa idea que nos vendió la iglesia de que Dios unió solamente al hombre con una mujer.

Después de realizar la denuncia pertinente, me entregué por completo a su cuidado y a velar por su recuperación.

Día y noche, sin una jornada por parar, estuve a su lado. Personas del pueblo donde él era párroco venían a verlo, hacían rezos diarios en su capilla y pedían al Dios de los cielos para que pronto saliera del estado en que se encontraba.



Verlo en una cama, sin movimiento alguno, con sondas por todo lado y respirando artificialmente, era la condena que me estaba consumiendo.

Tenía que verlo siempre bien, como él era. Y por ello cada cuanto le arreglaba la barba, peinaba sus cabellos, cambiaba sus cobijas. Al conocerlo amante de las letras, no había día en que no le leyera, y al llevar sus libros favoritos conocí de su gran pasión. Amante obsesionado por la literatura antigua, leía pasajes enteros de las obras de Séneca y Platón.

Pasaron así semanas y meses. Del apartamento al hospital y viceversa. Ir al cuarto, bañarme, cambiarme de ropa, dejar comida a Descartes y volver a salir. Pero la tristeza era infinita... No había un sólo síntoma de recuperación.

Cada día le preguntaba a las enfermas si había algo que se pudiera hacer, y según el médico, sólo un milagro podría hacer que salga del coma en el que estaba.

-Hace meses estás en esa cama. ¿No quieres levantarte ya? ¿Tomarnos de la mano e ir a dar de comer a las palomas? Hace mucho no lo hacemos. Ven, levántate, mira por la ventana, hace un día maravilloso y el cielo está azul, sin ninguna nube, como te gusta. Deja esa cama, ya es suficiente la pereza que haces. Le decía viendo la tarde llover y sin poder inventarle más, terminé rompiendo en llanto.

La gente de la iglesia pregunta mucho por ti, dicen que cuándo volverás. Los niños están deseosos de jugar contigo. Alejandro yo te necesito. La casa se ve oscura sin tu sonrisa que la ilumine. Descartes se la pasa esperándote detrás de la puerta, y los libros ya



nadie los ha vuelto a tocar. Deja esa cama y vente a la nuestra, quedó con las sábanas destendidas desde la última vez que dormimos en ella. Me haces falta en la calle y a mi mano que no quiere andar sino es tomada a la tuya. Las tardes de sol no son las mismas sin tu sombra proyectada sobre el césped, junto a la mía. ¿Recuerdas que queríamos ir al mar? Tengo todo listo para que lo hagamos. Levántate de ahí y vamos juntos a conocerlo, será como un sueño hecho realidad. Alejandro te amo. Estoy a un momento de que todo me venza y que el mundo se me destruya, pero es el deseo de tenerte conmigo de nuevo el que me mantiene de pie, junto a ti. Alejandro te estoy esperando... Y la voz se me apagó por completo con el nudo en la garganta y las lágrimas en los ojos. Me agaché tomando su mano, escuchando sólo el sonido de los aparatos a los que estaba conectado.

Un 'te amo', débil y susurrado salió de sus labios. En ese momento para mí ocurrió el milagro. Salí corriendo a buscar al doctor, el cual me dijo que había una pequeña luz de mejoría, que lo dejara descansar. Pasaban los días y poco a poco fueron quitándole las máquinas. Abrió sus ojos y de nuevo todo me fue azul, como sus pupilas.



Diciembre 3 de 2015

Ese día llegué temprano, con un par de libros para leerle y antes de entrar a su habitación, la 205, una enfermera me pidió que debía ir primero donde el médico. Llegué feliz porque sabía la noticia, le darían salida a mi Alejandro.

-Dígame, doctor.

-Tome asiento por favor. Luego de la mejoría que tuvo el señor Alejandro...

-Sí, lo sé, le darán de alta hoy.

Un silencio cruel y una mirada fija me dejaron estupefacto.

-El día de hoy tuvo una complicación respiratoria, lo cual le causó un infarto, y a pesar de todos nuestros intentos fue imposible reanimarlo, y lamentándolo mucho, hoy en punto de las ocho de la mañana el señor Alejandro falleció.

Desperté en la cama, bañado en sudor, con el corazón por salirse del pecho, pero agradecido de que todo fuera un vil y oscuro sueño.



Diciembre 6 de 2015

Pasados unos días le dieron de alta, y continuamos con su recuperación en el apartamento.

-¿Qué quieres leer ahora? Voy a la Luis Ángel, por si quieres que te traiga algo.

-¿Podrías traer algo de Gelman, y algo de Sábato para pasar la tarde? Por favor.

Desde la calle de abajo, lo vi parado en la ventana, mientras yo iba regresando cargado con los libros. Con su mirada perdida, desde lo alto, entre las piedras de la callejuela de nuestra cuadra.

-¿Qué haces ahí?, le dije.

-Buscando unos versos que se me cayeron por la ventana. Me respondió dándome la espalda.

-Te ayudo a buscarlos. Le indiqué tomándolo por la cintura, agradeciendo al cielo porque lo había recuperado.

Volteó a verme y en sus ojos celestes volé cual gaviota sobre el mar océano. Su boca en mi boca y con mis dedos tactando su tacto.

-Ya no hay que buscarlos.

-¿Los has encontrado?

-Al pasar por la calle los recogiste en tus ojos. No pestañees por favor, quiero leerlos la vida entera. Me dijo, todo enamorado.

Supe que era el mismo, que había terminado la



pesadilla, y que nuestro amor adormecido había salido del letargo, cual si un hermoso príncipe azul hubiera besado sus labios.





Diciembre 7 de 2015

-¿Qué escribes?

-Lo que me dictan las palabras.

-¿Qué te piden que escribas?

-Algún soneto. Cualquier canción inventada.

Él tomó la guitarra, y tocó dos notas que repitió y repitió. 'La sonata a mi alma', quiso llamarle.

-Tal vez debería ponerle tu nombre. Me dijo.

-¿Mi nombre?

-Sí, porque estas dos notas son eso.

-¿Qué notas son?

-Mi. Sol.

Él había recuperado su vida y sus labores diarias. Regresó a la capilla entregado como siempre, a Dios de corazón, a la comunidad en cuerpo, y a mí en alma. Yo por mi lado continuaba queriendo salvarme del naufragio. Él se había convertido en la única tabla que flotaba, de lo único que podía sostenerme para no hundirme, para no perderme en la oscura noche que desde antes de nacer me agobia.



Diciembre 8 de 2015

-¿Y, me quieres?

-Quiero lo que eres. Quiero al ser que eres.

-¿Quién soy para ti?

-Una chispa de encanto.

-¿Y Alejandro?

-Él es el amor. Para mí es la vida.

-No entiendo cómo puedes quererlo, y estar conmigo. Dijo sentándose al filo de la cama. Yo mirando su espalda desnuda, tomé un lapicero y empecé a escribirle.

-¿Qué haces?

-Escribo algunos versos en tu espalda.

-¿Por qué lo haces?

-Quiero que los lleves a pasear por donde vayas. Cuando puedas los dejas sobre cualquier cama.

-Debo irme.

-Está bien.

-¿Escribo mi nombre en algún rincón de nuevo?

-¡No! Ya lo hiciste hace dos noches. No permito que se repitan. Se me daña el inventario.

-Está bien. ¿Nos veremos pronto? Dijo desde la puerta.

-Sí. Mañana iré a dejar los libros que terminó de leer Alejandro. Le respondí al bibliotecario de la Luis Ángel Arango.

-Adiós. Replicó él.



Diciembre 9 de 2015

-¿Qué te ocurre? Te veo raro.

-Necesito decirte algo.

-Sí, dime.

-Deja esos libros a un lado, y préstame cuidado.

Lo tomé de las manos y nos sentamos al filo de la ventana. Descartes se enrollaba entre nuestras piernas, maullando sin descanso, presagiando lo que pasaría.

-Dime. ¿Qué ocurre?

-Debo irme. Dijo con sus ojos aguados.

-¿Irte? ¿Dónde?

-Me han autorizado un traslado. Por el accidente que tuve, no quieren que me arriesgue y me envían a otro lado.

-¿Dónde?

-Buenos Aires, Argentina.

Se oscureció mi alma en ese momento. Todo lo que habíamos vivido pasó frente a mí como una película a sepia, cargada de dolor, tristeza y espanto.

-¿Cuándo te vas? Le dije a punta del llanto.

-Mañana, en punto de las siete.

-¿Mañana?

-Sí. Pero quiero pedirte que vengas conmigo. Que nos vayamos juntos, que iniciemos otra vida. No puedo irme sin ti. Te necesito. Yo te amo.

-Te amo tanto, que por eso mismo te digo que no.

-Pero...

-Mi amor hacía ti es eterno e infinito, va a trascender tiempo y distancia. Le interrumpí. Debes irte a vivir tu sueño, tu vida. No me voy contigo, porque ese no es el mío.



-Pero... Te amo y no quiero estar sin ti.

-Porque me amas debes irte. El amor está en la libertad, y en la felicidad del otro.

-Tú eres mi felicidad.

-No. Yo soy con quien compartes tu felicidad.

-Pero no quiero estar sin ti.

-¿Recuerdas que te dije, que volaríamos juntos pero no siempre hacia el mismo lado? Este es el momento.

-Te necesito. Me dijo llorando, abrazado a mi pecho, como un niño desesperado.

-Yo te necesito ver feliz. Le dije tomándolo de la cara, con las lágrimas confundidas entre nuestras mejillas juntas.

-No voy a poder estar sin ti.

-Sí podrás. Yo me quedaré en la misma ciudad donde tanto vivimos, en esta Bogotá que hicimos nuestra. En el mismo cuarto donde amanecimos, y en la misma cama donde tantas veces anocheamos.

-Hoy es el último día que pasaremos juntos.

-Hoy es el último día de lo que fue esta historia. Le pondremos punto final a esta novela, y cada cual escribirá algo nuevo. Debemos hacer algo diferente, ¿no crees?

-Hagamos lo que quieras.

-Por el momento no hablemos más de la espera. Que pase el tiempo y no apaguemos el momento con tanta tristeza.

-Está bien, ¿qué quieres hacer?

-Volvamos al parque a dar de comer a las palomas. Caminemos hasta la facultad, al lugar donde la primera vez nos vimos. Corramos bajo la lluvia esta



tarde. Tomemos un café sobre la Séptima. Y por último, esta noche quiero que vayamos al bar, y que miremos a Margoth.

-¿Ir al bar de Margoth?

-Sí.

-Sabes que no me gusta ir a esos lugares. Se quedó un momento en silencio, pensando. Está bien, vamos.

Sin volver a decir nada, nos besamos. Sobre el sofá tupido de libros, entre versos aprendidos, hicimos por última vez el amor. Dejé que sus dedos recordaran mi cuerpo, y que sus labios se aprendieran los míos. Yo no tuve que hacer mayor cosa, pues lo tenía tatuado en el alma desde el primer día en que nos vimos.

Así fue. Esa tarde moribunda, tan moribunda como mi alma, la entregamos a lo que dijimos:

Volvimos a la plaza, pero las palomas ya no estaban.

Caminamos a la facultad y la encontramos cerrada.

Corrimos bajo la lluvia, pero estaban las calles solitarias.

Y tomamos un café sobre la Séptima, que nos supo a nostalgias.

-¿Sabes? Ya sé cómo terminará la novela.

-¿Cómo? ¡Quiero leerla!

-Prometo que al ponerle punto final a esas páginas, llegará a tus manos, y en ella encontrarás el recuerdo de lo que un día fuimos. Así tal vez si alguien



algún día llega a leerla, sabrá que una historia de amor se dio en las calles de esta hermosa Bogotá, y de pronto cualquier chico se sentirá identificado, y se contagiará también de ganas de amar. Cuando la leas sabrás que siempre estoy a tu lado.

Caminamos al departamento, bajo esa tarde de lluvia, y le dije:

-Hay un chico que ayer me habló.

-¿Qué quiere?

-Estar con los dos.

-¿Acostarse contigo y conmigo?

-Sí, que estemos los tres para ser uno solo en la misma cama.

-¿Qué quieres hacer?

-Desde ayer le dije que sí.

Llegamos los tres al cuarto, mojados y con euforia de besos.

-Bésalo. Le dije. Sin decir nada, se besaron. Nuestras prendas quedaron confundidas en el suelo, mezcladas entre los besos que se embrollaban entre los labios. Él hizo con el otro lo que nunca hizo conmigo, yo hice con los dos cumplir mi mayor fantasía.

Me senté en la ventana a fumar un cigarro. Pensando en que a contadas horas, esta historia dejaría de ser. Ellos seguían amándose entre las sábanas, mientras yo me fui a bañar, a alistarme para la noche, la última de todas.

-¿Ya se fue? Le dije al salir del baño. Con la toalla a medio cuerpo. Fumando otro cigarro.

-Sí, hace un momento salió.



-¿Le preguntaste el nombre?

-No. Solamente le pedí que lo escribiera en cualquier rincón de la pared, antes de que se vaya.

Había caído la noche, y la luna no quiso ni aparecerse. Nos fuimos al bar, esperando la media noche, momento en el que iniciaría la cuenta regresiva, la agonía para el adiós definitivo.

Nos sentamos en la mesa de la esquina. Frente al escenario, para tener el gusto de apreciar a Margoth en todo su esplendor. Pedimos una botella de licor y entre copa y copa nos íbamos ahogando entre besos.

-Voy a quererte siempre.

-Voy a extrañarte por toda la vida.

-Siempre seremos uno, a pesar de la distancia.

-Prometo que volveremos a estar juntos.

Cayó una copa que se quebró en mil cristales. El bar estaba repleto.

-Hola Alejandro. Le dijo el dueño del lugar, al pasar por la mesa.

-¿Lo conoces? Le pregunté.

-Sí. Alguna vez vine, hace mucho tiempo. Me dijo titubeando, dudando de sus palabras.

Sin prestarle mayor cuidado, serví de otra botella, el licor que quemaba la tristeza de nuestra pena.

Pasaban las horas, y ya casi a la madrugada, me percaté que el show no iniciaba.



-Debo irme. Dijo poniéndose de pie y agarrándose de la mesa.

-¿A dónde?

-A caminar por las calles, a buscarme, a tratar de encontrarme donde alguna vez me perdí.

-Espera. El show no ha iniciado.

-No habrá show esta noche.

-¿Cómo? Esta noche se presenta Margoth.

-No. Esta noche no habrá Margoth.

-¿Por qué lo dices?, ¿cómo lo sabes?

Me dio un beso, y antes de perderse para siempre por la puerta oscura del bar, para no volver a saber de él jamás. Con sus ojos que ya había visto en escena, con el traje de azules lentejuelas, remató diciendo, alejándose con su paso entaconado, dándome la espalda y mirándome sobre el hombro:

-Porque Margoth... ¡Margoth soy yo! Adiós.



Margoth  
Free Love

Las noches frías de Bogotá y sus calles eternas, inspiran al autor de Margoth, a contar lo que él nos asegura es una historia real que se desarrolla en la capital de Colombia. Un amor que nace entre los bares de Chapinero, y que vive unos días dignos de ser comentados.

Dos hombres de diferentes edades conocen el amor, un amor libre -'Free Love'-, que los conduce a los pasillos de un romance que marcará sus vidas. En la caótica Bogotá de nuestros días, pintan con sus momentos apasionados, a veces trágicos, el reflejo de muchas relaciones que se esconden tras el gris de la ciudad adormecida.

**Margoth, un amor en Bogotá**